

LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTIA INTRODUCCION

Cada domingo celebramos el acto litúrgico más importante que tenemos: la Eucaristía. Nos resulta algo tan cercano, que puede ocultarnos sus verdaderas riquezas, y tan repetido, que puede llevarnos a la rutina, al cansancio, a la celebración superficial, descuidada por la falta de la necesaria preparación

Mantener vivas y participativas nuestras celebraciones es algo que requiere un gran esfuerzo y una gran tenacidad; estar dispuesto a empezar siempre de nuevo y descubrir nuevas posibilidades con el convencimiento de que es decisivamente importante la Eucaristía dominical, que requiere pararse, de vez en cuando y reflexionar y contemplar lo que celebramos.

Gran parte de ello se debe a la suficiente comprensión que tenemos de la celebración de la Eucaristía y de sus valores fundamentales, así si conocemos mejor la Eucaristía para celebrarla mejor.

Nos vamos a centrar en las distintas partes de la celebración.

1.- LITURGIA DE LA PALABRA:

I. Ritos Iniciales de apertura

II. Liturgia de la Palabra

2.- LITURGIA EUCARISTICA:

III. Celebrar el memorial del Señor y comulgar su cuerpo

IV. Ritual de la liturgia Eucarística.

V. Rito de despedida.

LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA

I. RITOS INICIALES:

- | | |
|--------------------------|----------------------|
| 1. Canto de entrada | 6. Acto Penitencial |
| 2. Beso del Altar | 7. Pausa de Silencio |
| 3. La señal de la Cruz | 8. Gloria |
| 4. Saludo del presidente | 9. Oración Colecta |
| 5. Monición | 10. Oremos |

II. LITURGIA DE LA PALABRA:

- | | |
|-----------------------|--------------------------|
| 1. Primera lectura | 5. Evangelio |
| 2. Salmo responsorial | 6. Homilía |
| 3. Segunda lectura | 7. Profesión de fe |
| 4. Aleluya | 8. Oración de los fieles |

III. LITURGIA DE LA EUCARISTÍA:

- A) Presentación de Ofrendas:**
1. Preparación de los dones
 2. Lavado de manos
 3. Oración sobre las ofrendas

- B) Plegaria Eucarística:**
1. Diálogo introductorio
 2. Acción de gracias
 3. Santus
 4. Epiclesis I de Consagración
 5. Relato de la Institución
 6. Anámnesis
 7. La Ofrenda
 8. Epiclesis II de Comunión
 9. Intercesiones
 10. Doxología Final

C) Comunión:

- 1). Rito de preparación
 - 1.1-Oración dominical: Padre Nuestro
 - 1.2-Rito de la paz
 - 1.3-La fracción del pan
- 2). Rito de realización:
 - 2.1-Oración en silencio
 - 2.2-Mostración del pan eucarístico
 - 2.3-Acto de comer el pan y beber el vino
 - 2.4- Canto procesional
- 3). Rito de asimilación y reconocimiento ó post comunión:
 - 3.1-Momento de recogimiento
 - 3.2- Oración conclusiva

IV. RITO DE CONCLUSIÓN:

- Saludo
- Bendición
- Despedida

1.- LITURGIA DE LA PALABRA:

En la Misa ó cena del Señor, el pueblo de Dios se reúne el domingo día de la resurrección de Nuestro Señor, en presencia del sacerdote que hace las veces de Cristo para celebrar el memorial de su pasión ó sacrificio Eucarístico.

Nos reunimos en comunidad, pero eso es mucho más que coincidir con otros cristianos, hemos de reunirnos con nuestros hermanos en la fe sintiéndonos miembros de una misma familia, siendo toda la asamblea la que celebra, la que ora, escucha, da gracias, canta, hace silencio la que ofrece el sacrificio al Señor y se ofrece a Él.

El es quien nos convoca cada domingo, para que celebremos el banquete pascual de su amor; y como es una convocatoria suya, está ya desde el comienzo sin pasar del umbral de celebración, sin adentrarnos más en la celebración litúrgica, ya que se hace presente en la persona del ministro que preside, acude a la cita cumpliendo la promesa del evangelio: *“Donde dos ó tres están reunidos en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos”* Mt 18,20.

¿Qué papel tiene el sacerdote? Es el que preside la celebración Eucarística, “haciendo las veces de Cristo” y siendo él también miembro de la asamblea, su servicio es ser signo visible de la presencia invisible del resucitado en medio de la comunidad y coordinar toda la celebración y todos los servicios dentro de ella, ya que las oraciones que pronuncia no las dice en singular en nombre propio, sino en plural en nombre de todos.

¿Qué papel jugamos todos nosotros como asamblea? A nosotros nos corresponde el verdadero protagonismo, ya que es la asamblea la que celebra, la que ora, la que proclama y da gracias. Reunidos bajo la presencia del resucitado, y nos incorpora en su acto de culto al Padre. Ya que la celebración de la Misa es acción de Jesucristo (protagonista invisible) y del pueblo de Dios.

Uno de los grandes objetivos que propuso el Concilio Vaticano II, fue recuperar a la asamblea de fieles como sujeto activo de la liturgia.

¿En qué consiste esta participación? Hemos de participar en la escucha atenta de la palabra, en la intervención hablada ó cantada en las respuestas de la liturgia.

Así pues estamos todos llamados a formar dicha asamblea, llamados por el mismo Espíritu, la misma fe, el mismo bautismo, el mismo Padre, el mismo Pan.

Por tanto *“hacer Asamblea”* es algo más que coincidir con otros allí donde se va a celebrar la Eucaristía, es realmente formar un grupo con ellos en comunidad fraterna donde todos se acogen mutuamente y se saben acogidos por el Señor que nos convoca. Si hemos de formar una asamblea hay que estar dispuestos a construirla, no puede ir cada uno a lo suyo, desentenderse de la celebración común, aislarse de los hermanos reunidos; hemos de despertar y reavivar el Espíritu comunitario pasando del *“Yo”* individualista al *“Nosotros”* solidario. Ser capaces de reconocer la presencia de aquél en cuyo nombre estamos reunidos y experimentar el gozo de nuestra fe.

Hemos de superar la inercia de la costumbre, de la desgana, de la indolente pasividad y tener la voluntad de meternos en la celebración.

En una celebración responsable, debemos llegar puntuales, para crear un clima adecuado en nuestro interior, expresarnos mutuamente una acogida una acogida con un gesto sencillo, un saludo, una sonrisa con quién se tiene al lado, aunque sea un desconocido ya que es un hermano en la fe, con quien vamos a compartir los Sagrados misterios.

Para participar en la misa es necesario *crear la comunidad*. No basta que la gente entre en la iglesia y que cada uno se sitúe al lado de otro, para hacer comunidad. Puede haber una multitud de pequeños mundos cerrados, cada uno con sus pensamientos, sus problemas, sus sentimientos, que forman un muro de indiferencia que nos separa unos de otros. Necesitamos derribar este muro, dejar entrar a los otros en el espacio interior de nuestro yo, para sentirnos hermanos. Requiere que cada uno se sienta que está delante de Dios y que forma parte de un todo como una célula del cuerpo místico. Esta unidad de las almas debe traducirse exteriormente estando juntos, sintiendo unidos. La unanimidad de los gestos contribuye a la unanimidad de corazón, así se forma una comunidad de oración en la que las voces se fusionan.

Las oraciones de los fieles en la misa convienen que sean pronunciadas en voz alta, y fundirse en una oración colectiva. Pero no menos importante es saber escuchar, la palabra debe ser escuchada para comprender toda su riqueza.

Debemos hacer que cada celebración sea una autentica plegaria, y de experiencia interior, que la eucaristía dominical sea el corazón de la semana

Corremos el riesgo que la liturgia se reduzca a una bella celebración bien orquestada pero *sin alma*, que sea un exteriorismo: gestos y palabras que se suceden bien ejecutadas pero sin poner nada de nosotros mismos, y el rito se convierte algo que se desarrolla fuera de nosotros como culto de sinagoga. Dios no quiere sangre de animales, pero sí el corazón de los hombres.

I. RITOS INICIALES DE APERTURA.

Se trata de unos ritos que sin formar parte fundamental de la celebración, consiguen una disposición adecuada de los presentes para su participación a lo largo de la celebración.

Físicamente estamos todos reunidos en el mismo lugar, pero para empezar bien la celebración hace falta algo más, así los ritos iniciales de apertura tienen por finalidad hacer que los fieles reunidos constituyan una comunidad y se dispongan a participar como un todo; esto es **constituir esa asamblea eclesial** para el encuentro con el Señor.

Hablamos de ritos, en plural porque el rito de entrada consta de varios elementos ó pequeños ritos que según como se desglosen pueden concretarse en unos diez. Aunque es bastante complejo y puede parecer reiterativo, pero quizás se entienda mejor si se ve no sólo como una preparación sino como un anticipo de lo que va a ser la celebración en su parte más central, ó liturgia Eucarística.

Su función puede compararse con la de la apertura de ciertas obras musicales, que introduce la obra, la preludia adelantando los temas principales.

1). Canto de Entrada:

En su origen era efectivamente un canto de entrada, ó "*Introito*" que acompañaba la entrada procesional del presidente y demás ministros en el culto solemne. En las grandes basílicas romanas tenían la sacristía situada en la entrada en la parte más alejada del altar, lo cual daba lugar a un amplio recorrido a través del pasillo central.

Actualmente cumple una función más habitual, abrir la celebración y fomentar la unión de quienes se han reunido, como acción comunitaria y festiva del pueblo de Dios. Igualmente nos lleva a identificar la fiesta que celebramos si es de Cuaresma, Adviento, de Navidad ó Pascua.

Así pues el canto de entrada, **abre la celebración, cohesiona a los reunidos, introduce el misterio del día y muy especialmente expresa el gozo del reencuentro de los hermanos entre sí y con el Señor.**

2). Beso al Altar:

Según la costumbre tradicional de la liturgia la veneración del altar se expresa con un beso.

Al llegar al altar el primer gesto que realiza el que preside es besar ese altar que es la mesa donde se celebra el banquete que nos alimenta con el Cuerpo de Cristo. Al besarlo el sacerdote está reconociendo a Cristo Jesús como el verdadero protagonista de la celebración y expresándole su afectuoso respeto.

3). La Señal de la Cruz:

Venerado el altar, el oficiante hace conjuntamente con todos los fieles la señal de la cruz diciendo "*En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*" y los fieles respondemos "*Amen*".

Al santiguarnos invocamos a la Santísima Trinidad y recordamos nuestro bautismo por el cual nos incorporó a Cristo Jesús. Si celebramos la Eucaristía ó memorial de Cristo muerto y resucitado de acto supremo de culto al Padre, es porque el bautismo nos hizo seguidores de Cristo y nos constituyó pueblo sacerdotal suyo.

4). Saludo del Presidente:

El sacerdote celebrante se dirige a la asamblea reunida con unas palabras de saludo, así nos expresa la acogida, la buena voluntad, el reconocimiento mutuo y pone de relieve el sentido cristiano de la asamblea reunida en presencia del Señor.

El saludo más característico y también más antiguo es “*El Señor esté con vosotros*”; en latín “*Dominun vobiscum*” cuya traducción es el Señor con vosotros; es una frase que expresa un deseo.

Que mejor deseo puede tener y manifestarse mutuamente los que se disponen a celebrar la Eucaristía. El Señor está en la asamblea reunida, no estamos solos, por eso es bueno que el celebrante exprese el deseo que nos abramos todos a su presencia. Nadie está con otro, si ese otro no quiere, o no presta atención, o no lo acoge; **la presencia ofrecida no es completa como tal hasta que no es aceptada y acogida.**

Las palabras que respondemos al que preside tienen también una riqueza y un significado “*Y con tu espíritu*” que equivale “*y contigo*”; ciertamente la asamblea desea al que preside que esté también con el Señor, pero precisamente como está llamado a presidirla y a representar a Cristo Pastor y Sacerdote; nuestro deseo es que esté con él para avivarle el Espíritu que recibió en la ordenación y, así, pueda ejercer con ejemplaridad y eficacia el misterio litúrgico que preside.

Al saludar a la asamblea el que preside no ha de incluirse a sí mismo por eso dice “*El Señor esté con vosotros*”, porque es propio de un saludo expresar un buen deseo para aquellos a quien saluda, dejando que sean ellos que respondan a la recíproca.

5). Monición:

Si el rito de entrada tiene como finalidad cohesionar al grupo, la Monición es el primer encuentro personal espontáneo y vivo del presidente con la asamblea.

Es la prolongación del saludo con palabras cordiales y sencillas de acogida, debe ser brevísima, y puede incluir la referencia de la festividad que se celebre.

6). Acto Penitencial:

Estamos ya en la asamblea convocada y presidida por el Señor, y cayendo en la cuenta de la presencia del Señor, esto nos lleva a experimentar la propia indignidad por reconocernos pecadores, y a sentirnos pobres y necesitados.

Saberse en presencia de aquel que quita el pecado del mundo, el que acoge a los pecadores y los sienta en su mesa en el banquete de la reconciliación; produce en la comunidad pecadora y creyente, un sentimiento de humillación y gozo y a la vez de conversión y apertura a la gracia que se nos ofrece en esta celebración.

En este acto reconocemos nuestros pecados y la gracia misericordiosa de Cristo. Existen distintas formas de expresar comunitariamente la confesión general de los pecados:

a- “*Yo confieso ante Dios todopoderoso....*”

b- Mediante jaculatorias inspiradas en Salmos “*Señor ten Misericordia de nosotros*”

c- Diciendo o cantando la fórmula litánica “*Señor ten piedad*” o “*Kyrie eleison*” precedidas por invocaciones dirigidas a Cristo Jesús.

Kyrie eleison es la versión griega de la súplica de algunos salmos. “*Señor ten misericordia, sálvame porque he pecado contra ti, apiádate de mí haz que pueda levantarme*” **Sal, 40, 5-11.**

Sobretudo es la súplica que dirigen a Cristo Jesús los enfermos y necesitados del evangelio.

El uso de esta aclamación en la liturgia es atestiguado por una peregrina a Jerusalén del siglo IV, Egeria, que cuenta que al final de las vísperas, un diácono expresaba una serie de peticiones por personas diversas, y mientras pronunciaba sus nombres, estaban continuamente los niños respondiendo *Kyrie eleison*.

En la liturgia romana, se introduce la costumbre de alternar Kyrie, con Christe, entendiéndose el primer Kyrie dirigido al Padre, el Christe al hijo y e tercer Kyrie al Espíritu Santo.

La formula del rito penitencial, “Señor ten piedad” no tiene un sentido exclusivamente penitencial. Se pide perdón ciertamente, pero sobre todo se aclama al que perdona, al que murió y resucitó para el perdón de los pecados, se aclama a Cristo, y aclamándole, confesamos su poder y misericordia, y ponemos ante Él nuestra miseria y necesidad humana.

7). La Pausa de Silencio: Es más que un momento para recordar y reconocerlos pecados. Es la ocasión única para ponerse en presencia de Dios, y darnos cuenta que en la asamblea hay alguien más que los que estamos reunidos, y es precisamente el que nos congrega a todos.

8). Gloria:

Es un canto popular de la Iglesia primitiva, llamado himno Angélico, por las palabras que lo inician, que son las que pone san Lucas en boca de los ángeles en el relato del nacimiento de Jesús “*Gloria a Dios en el Cielo ...*” **Lc2,14**.

La liturgia romana comenzó a utilizarlo en la eucaristía en el siglo IV en la Misa de Navidad, y se extendió hasta formar parte de la misa ordinaria del domingo y fiestas exceptuando en la cuaresma.

La alabanza del amor de Dios Padre se realiza a través de unos verbos expresivos de nuestra admiración de su misericordia “*Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias*”.

¿Cuál es el sentido del Gloria en la celebración? Colocado después del acto penitencial, expresamos el gozo agradecido de la comunidad de pecadores, que tras reconocer humildemente sus culpas , se siente perdonada y acogida siendo alcanzada por el amor misericordioso y la gracia del Señor todopoderoso.

9). Oración Colecta:

El rito de entrada culmina y concluye con esta primera oración. Su misión es concluir, completar y cerrar todo el movimiento de entrada y disponernos a la escucha de la palabra.

El sacerdote invita a los fieles a orar, con el sentido de reunir de colectar a los fieles ha hacer una oración unificada de la iglesia; permaneciendo un rato en silencio para hacernos conscientes de estar en la presencia de Dios y formular interiormente nuestras súplicas.

A continuación el sacerdote lee la oración denominada colecta, dirigiendo la súplica a Dios Padre por Cristo en el Espíritu Santo.

La oración se dirige a Dios Padre, al que se le hace la petición ó súplica y concluye con la fórmula trinitaria que afirma la mediación expresa de Cristo:

“Te lo pedimos por nuestro señor Jesucristo, tu Hijo que vive y reina contigo en la unidad del espíritu santo y es Dios por los siglos de los siglos”.

Y los fieles nos unimos a ella dando nuestro asentimiento pronunciando a aclamación “Amén”

10). Oremos:

El sacerdote nos invita a orar, y nos afecta a todos y en primer término a él que nos hace la invitación. Es él el que preside la asamblea en nombre del Señor y representándole para que nuestras oraciones lleguen al Señor y entremos en un diálogo orante con Él.

Hacemos una pausa de silencio, porque es el momento propicio para sentirnos en presencia de Dios, y nosotros los fieles entendamos que el sacerdote no es a nosotros con quien habla, sino con Dios en nombre de toda la asamblea, por ello habla en plural, y todos podamos decir conscientemente “Amen”.

Con esta oración colecta, termina el rito de entrada que se propone como hemos visto, constituir la comunidad de celebración, hacer asamblea litúrgica.

II. LITURGIA DE LA PALABRA.

Una vez reunidos, dispuestos y preparados mediante el rito de entrada lo primero que hacemos es “*escuchar*”. Escuchar no cualquier cosa, sino la Palabra misma de Dios, que a través de las lecturas sagradas, se dirige a nosotros y nos habla aquí y ahora en esta celebración.

La Misa es la liturgia eucarística y la liturgia de la palabra, una y otra forman parte integrante y esencial de una celebración. En ella recibimos un mismo pan en dos formas distintas: el pan de la palabra y el pan de la Eucaristía, la Palabra de Dios y el Cuerpo de Cristo: Cristo Palabra y Cristo Eucaristía. Es un encuentro progresivo con el mismo Cristo; **le acogemos como Palabra viva del Padre y luego como Pan de salvación.**

Cuando leemos las sagradas escrituras Dios mismo nos habla y nos revela en misterio de Cristo y su salvación: lo que es para nosotros, lo que nos ofrece y lo que nos exige. Es un auténtico regalo de Dios en la que Dios mismo se nos da y nos comunica: su Plan, su Voluntad, su Amor, su Vida. Tratemos pues que nuestra escucha sea sincera, que su palabra encuentre acogida en nuestro corazón y nuestra vida.

Dios siempre ha hablado a través de la revelación y así lo recoge toda la historia de Israel, alcanzando su máxima perfección en la etapa final: *“En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios en el tiempo pasado a nuestros padres por los profetas. Ahora en la etapa final, nos ha hablado por su Hijo” Hb 1, 15.*

Dios se comunica con el hombre por medio de palabras y de obras, que se explican e iluminan mutuamente. Las obras “hablan” y las palabras “obran ó realizan”. Diciendo esa palabra Dios crea: *“Dijo Dios: que exista la luz, y la luz existió” Gn 1,3. “Él lo dijo, y todo fue hecho; él lo ordenó y todo existió” Sal 33,9.* Esa palabra le revela como creador; pero sobretodo se revela a sí mismo, a lo largo de la historia, en las acciones salvadoras que realiza a favor de su pueblo.

Con Jesús de Nazaret, alcanzamos la plenitud de esa historia de salvación, con Él llega el profeta definitivo, que no solo transmite la palabra de Dios, sino que es él mismo la Palabra encarnada, pues resume y condensa todas las palabras de la escritura.

Toda palabra busca ser escuchada, y en esa escucha se completa y alcanza su meta. Allí donde es acogida surge una comunidad cristiana y crece la iglesia de Jesucristo.

La Palabra de Dios y Sagrada Escritura no son equiparables, pero sí indisociables, ya que La Palabra de Dios se ha hecho escritura bajo la acción del Espíritu Santo; y la escritura se hace Palabra para quien la lee, o la escucha, bajo la acción del mismo Espíritu.

Pongámonos pues, como María de Betania a la escucha, sin prisas dejándonos impregnar por su Espíritu, su amor, su querer; que sea para nosotros lámpara que guíe nuestros pasos, luz para interpretar los signos de los tiempos y alcancemos la bienaventuranza: *“Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen”* Sería un desatino y una ingratitud no prestar atención a Dios, que sale a nuestro encuentro para conversar con nosotros, para señalarnos caminos de vida, para decirnos lo que nos quiere y lo que quiere y espera de nosotros. Pero en la práctica **creemos que es más importante lo que nosotros le decimos a él que lo que él quiere decirnos; y pretendemos ser escuchados por aquel a quien no escuchamos.**

La mayoría de las veces tenemos el oído cerrado, permanecemos distraídos, diga lo que se diga esa palabra permanecemos indiferentes sin inmutarnos.

RITOS DE LA LITURGIA DE LA PALABRA.

Es un acto de culto a la Palabra de Dios. Las lecturas tomadas de la Sagrada Escritura, junto con los cantos que se intercalan, constituyen la parte principal de la liturgia de la Palabra.

El número de lecturas ha variado según las épocas, pero la práctica más constante y antigua ha sido de tres lecturas: una primera de los libros del Antiguo Testamento, otra de los libros del Nuevo Testamento y otra de los Evangelios.

Con el concilio Vaticano II se realizó una reforma para abrir a los fieles la mayor amplitud de los tesoros bíblicos, encontrando cumplida su respuesta en el Leccionario de 1969 (segunda edición 1981), siendo el más rico y completo orden de lecturas de toda la historia de la liturgia.

El Leccionario dominical y festivos desarrolla en tres años centrando cada uno de ellos en uno de los sinópticos: el evangelio de san Mateo ciclo A, en el evangelio de san Marcos el ciclo B, y en el evangelio de san Lucas el ciclo C. El evangelio de san Juan completa, durante cinco domingos, el de san Marcos en el ciclo B con el “discurso del pan de vida” y se lee en los tiempos especiales del año litúrgico, sobre todo en Pascua y parte de la Cuaresma como era tradicional.

Al evangelio le preceden dos lecturas: una primera lectura del Antiguo Testamento (excepto en Pascua, que se toma de los Hechos de los Apóstoles) y una segunda de un “Apóstol” es decir de cartas y Apocalipsis. La presencia del Antiguo Testamento es para valorar el sentido histórico salvífico y la unidad de los dos testamentos, pues el antiguo está latente en el nuevo, y el nuevo se hace patente en el antiguo; viniendo a ser como una gran profecía ininterrumpida de Cristo.

La Aclamación Las dos lecturas anteriores al evangelio se concluyen con la aclamación que dice el lector “*Palabra de Dios*”, al que la asamblea responde “*Te alabamos Señor*” Es una aclamación gozosa de agradecimiento.

EL SALMO RESPONSORIAL

Desaparecido prácticamente de nuestra liturgia desde hace siglos, ha sido recuperado como parte importante de la liturgia de la palabra actual renovada según directrices del Concilio Vaticano II.

El rezo-canto de los salmos es tan antiguo como la iglesia, que los ha recibido de la tradición judía; y del mismo Cristo Jesús piadoso judío, por tanto rezador cantador de los salmos. Como lo demuestra al recitar el **salmo 22**, “*Dios mío, Dios mío porque me has abandonado?*” que comienza con un grito de abandono y termina con un tono triunfante de salvación. Los judíos que le oyeron comprendieron que citando esta salmo Jesucristo estaba demostraba su confianza y esperanza de liberación.

En la proclamación del salmista toda la asamblea participa, no solo en la escucha del salmo, sino con el canto del “*Responsum*” ó respuesta, que se repite a cada versículo del salmo; esta forma de interpretar el salmo –La responsorial- procede también del judaísmo y es la más antigua y utilizada por los cristianos.

Todavía quedan celebraciones donde se le ignora, y en su lugar se canta cualquier otra cosa, como un canto interleccional, ó se ejecuta como un canto que hay que leer, hecha por el mismo lector de la primera lectura, sin que apenas se note la diferencia de ambos textos, haciendo del carácter poético musical del salmo, algo monótono y pobre.

Significado y función del Salmo Responsorial:

No es un canto de relleno o que se canta mientras se realiza otra acción (como el de entrada), sino que es un rito en sí mismo. Siendo el más antiguo e importante de la liturgia de la Palabra, es interleccional porque se realiza entre dos lecturas y su texto se toma igualmente de la biblia, y tiene relación con la primera lectura.

Los salmos son biblia hecha plegaria, lo que los demás libros cuentan, los salmos lo cantan.

Dios ha comenzado a hablarnos en la proclamación de la primera lectura y los fieles acogemos y aceptamos esa palabra con la respuesta del canto oración del salmo. El salmista hace la proclamación cantada de los versos y la asamblea, entre versículo y versículo canta un estribillo, sacado del mismo salmo, a modo de resumen del mismo.

Para que el salmo cumpla su función litúrgica, no debe reducirse a una simple lectura, debe ser cantado al menos el estribillo, sino es cantado debe lo proclamará un salmista, distinto del lector que ha proclamado la lectura bíblica. Lo proclamará lentamente, en forma meditativa, de manera que la asamblea pueda asimilarlo y meditarlo

EL EVANGELIO Y LAS ACLAMACIONES QUE LO ACOMPAÑAN

Como última lectura se hace la del evangelio, que en orden de importancia para los cristianos, es el primero de los libros de la Biblia.

ALELUYA

Esta proclamación inicia el ritual del evangelio que a continuación se va a proclamar

Aleluya es una palabra hebrea “Halelu-Yah” que sin traducir a pasado a todas las liturgias y significa “*Alabad a Yahvé*”.

Es una invitación a la alabanza y júbilo y con ella recibimos y saludamos al Señor que va a hablarnos. En cuaresma queda suspendida, para volver a resonar la noche de Pascua inmediatamente antes de escuchar el gran anuncio de la resurrección de Jesucristo.

Siendo una aclamación jubilosa, breve y comunitaria, su forma normal es de canto, alcanzando su máxima fuerza cuando acompaña a la procesión del evangeliario

El Evangelio corona los demás libros de la Sagrada Escritura, aunque todos son palabra de Dios, el Evangelio alcanza la plenitud al hacerse revelación del mismo Jesucristo, siendo la Palabra encarnada del Padre y centro de la escritura, pues toda ella habla de Él, y en el evangelio lo hace por boca de su mismo hijo; por eso en la liturgia se la distingue por encima de las demás lecturas, tributándole la suma veneración.

ORACION PREPARATORIA DEL EVANGELIO

La realiza el ministro encargado de la celebración, y es la forma de expresar mediante un signo que cuando se proclama el evangelio es Cristo mismo el que habla.

El oficiante se inclina ante el altar, que es signo de Cristo y dice en secreto “*Purifica mi corazón y mis labios, Dios todopoderoso, para que anuncie dignamente tu Evangelio*” reconociéndose indigno de hacerlo y suplica la asistencia divina.

Igualmente todos nosotros debemos prepararnos y suplicar el don de la escucha. A continuación se realiza la procesión del altar al ambón del evangeliario, siendo otro elemento que simboliza el respeto y honor especial que merece. Hay una riqueza

expresiva y simbólica al celebrar la presencia del Señor en el anuncio del evangelio que no debe perderse.

El evangeliario, ha sido colocado en el altar, llevado por el diácono, o lector al concluir la procesión de entrada. El Altar es el lugar donde se hace presente Cristo, tomar de él el evangeliario es una manera muy expresiva de decir que en la lectura de ese libro va a hablar Cristo mismo, y el altar que ha de convertirse en la mesa del Señor, es también la mesa de la que se toma el pan de la palabra.

“EL SEÑOR ESTÉ CON VOSOTROS”

El celebrante se dirige a la asamblea con este saludo, desde el ambón, saludo que es expresión tanto de un deseo como de afirmación de una realidad, el Señor está, se hace presente de un modo nuevo en la proclamación del evangelio; y le pedimos que *esté* con la asamblea para que nos asista en la escucha y nos ayude en la acogida de su palabra.

Lo mismo que celebrante desea a la asamblea, ésta le desea a él con la respuesta “*Y con tu espíritu*”.

La asamblea escucha de Pie: Nos ponemos de pie en la aclamación del aleluya, al comienzo del evangelio. Así manifestamos nuestra condición de resucitados en Cristo, además de ser un gesto más de respeto y homenaje a Cristo que habla.

Lectura del Santo Evangelio: Se anuncia a la asamblea que lo que va a escuchar es la palabra de Cristo, y la asamblea prorrumpe en una aclamación con fe agradecida a Cristo. “*Gloria a ti, Señor*”.

La señal de la Cruz: Mientras se dice las palabras anunciadoras del texto del evangelio el celebrante hace la señal de la cruz sobre el libro y sobre si mismo, gesto que es compartido por toda la asamblea que igualmente hace la señal de la cruz sobre la frente, en la boca y en el pecho.

Se ha interpretado como un modo de ahuyentar al enemigo, que quiere impedirnos que nos abramos a la palabra salvadora; y podemos añadir otra interpretación más: expresaría la prontitud para confesar la fe: estaríamos dispuestos a defenderla con la frente alta, confesándola con la boca y guardándola en el corazón.

Incensación del Libro: Es una expresión más de honor y dignidad dirigidas al evangelio de Jesucristo, que es lo más importante de este rito. Para los orientales, el incienso expresa también la presencia del Espíritu Santo, que es el que hace posible la escucha de la palabra y su fruto en los oyentes.

Realización de la Lectura: Es la parte más importante de todo el rito por lo que debe hacerse con toda solemnidad, por lo que el lector debe reunir unas condiciones de dicción y expresión adecuadas.

Aclamación final: Terminada la lectura del texto el lector dice “*Palabra del Señor*” y la asamblea aclama “*Gloria a ti Señor Jesús*”. Suele ir acompañado con el gesto de elevación del libro y mostrarlo a la asamblea.

Beso del Libro: El beso concluye todos los gestos de homenaje y veneración que se han tenido para con el evangelio. Expresando así el amor y la estima a Cristo, al libro cuya palabra contiene.

LA HOMILIA

La liturgia de la palabra se completa con una homilía que pronuncia el celebrante. Es uno de los elementos más antiguos práctica común del culto judío de las sinagogas; en la que a la lectura de los libros sagrados seguía un comentario, en la que se explicaba punto por punto el texto, no siendo sólo una explicación sino una aplicación del mismo e interpretación actualizada.

Buen ejemplo de esto es la homilía que tuvo Jesús en la sinagoga de su pueblo, cuando después de leer el texto de **Isaías 1,1-2**, dijo como comentario “*Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír*”.

La homilía, es una parte dentro de un conjunto y al servicio de ese conjunto y cuya eficacia prolonga. No ha de excederse en duración, ó en estilo, ni sobrepasar su contenido, como complemento de la Palabra.

La homilía se alimenta de los textos que evocan la historia de la salvación y descubrir en ellos la versión actual de esos acontecimientos salvíficos, y prestar atención a su misterio que permanentemente se mantiene presente, o dicho de otro modo, mostrar la obra salvífica y del misterio pascual de Cristo en el “hoy”.

El fin de la homilía es hacer comprensible y actual para los fieles la palabra escuchada; no se ha de olvidar que se trata de textos que han sido escritos en una época muy alejada de la nuestra y en un contexto social y cultural muy distante y distinto y en un lenguaje que no nos resulta familiar; por lo que necesitan ser traducidos, interpretados y actualizados de forma adaptada a la mentalidad y lenguaje contemporáneos.

Pero no sólo se propone que unos textos antiguos sean mejor comprendidos sino que esos textos hablen hoy aquí y ahora del mundo, del pueblo de Dios a la asamblea que los proclama. La Palabra que habló en el pasado sigue hablando en el presente y debemos poder experimentarla así como palabra que nos concierne, nos afecta y pide nuestra respuesta. La aplicación es pues para comprender mejor lo que dice a la vida de los que la escuchamos, cómo nos afecta, cómo nos ilumina, corrige ó conforta.

La grandeza de la homilía es el servicio que presta. Después de escuchar la homilía, los asistentes deben poder sentirse más motivados para la eucaristía. Al estar situada entre la proclamación de la palabra y la liturgia eucarística, ha de ser *el Puente* que facilite el paso de una a otra, lazo de unión entre las dos partes de la celebración que constituyen un mismo y único acto de culto.

LA PROFESIÓN DE FE

Posterior a la proclamación de la Palabra, sigue, los domingos y solemnidades, la Profesión de fe. En ella expresamos la adhesión y nuestro asentimiento de la palabra escuchada y damos un a respuesta a la misma con “**el Credo**”.

El Credo, no es uno de los elementos más antiguos en la celebración eucarística ya que no fue incorporada a la misa hasta el siglo XI, pero tiene su sentido y antigüedad en algunas liturgias, como la oriental y la hispana.

Sus orígenes se vinculan con el BAUTISMO y como este es un sacramento de la incorporación a la comunidad de un creyente; su primera forma fue dialogada de pregunta y respuesta, tal como se mantiene aún en la celebración del bautismo, confirmación y repitiéndose cada año en la renovación de las promesas bautismales en la vigilia de Pascua. En sus instrucciones a los catecúmenos los padres hacían comentarios explicativos de las preguntas bautismales acerca de la fe y procuraban transmitirles una síntesis de la fe, fácil de retener en la memoria; así van naciendo las

confesiones de fe ó credos: *“Las preguntas hechas en la liturgia bautismal se transforma en fórmulas de aprendizaje y enseñanza de la fe.”*

Posteriormente su forma se hizo declaratoria y enunciativa, siendo expresión fiel de la enseñanza de los apóstoles. Se caracteriza por su sencillez y espontaneidad con la que se recitan escuetamente los hechos salvíficos de la vida de Jesús.

Aunque se trata de una profesión de fe muy concisa, contiene dos afirmaciones que no se encuentran en el credo Niceno-Constantinopolitano. *“Descendió a los infiernos”* y *“creo en la comunión de los santos”*.

Su núcleo central, es el credo bautismal que sería enriquecido por el concilio de Nicea del año 325, contra los arrianos y el concilio de Calcedonia del año 451 contra los macedonios. En el que se confiesa más que el destino humano de Jesús, su ser eterno en Dios, se afirma que el hijo es “consustancial” ó de “la misma naturaleza del Padre”.

En el siglo VI, se acoge celebración eucarística de la liturgia hispana, colocándose antes del Pater Noster, como preparación a la comunión. De España pasa a otras naciones y es en Alemania, donde Carlomagno lo introduce en la Misa de su capilla de Aquisgrán, colocándolo ya a continuación del evangelio.

En la última versión del misal Romano, admite la posibilidad de hacer la profesión de fe con el símbolo apostólico.

Al ser un símbolo de antiguos credos bautismales comparte una estructura trinitaria sugerida por orden del Señor que transmite el ev, según san Mateo: *“Id y haced discípulos de todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” Mt 28,19*. La fe cristiana es una fe en la Santísima Trinidad, fe en un único Dios que nos sale al encuentro revelándose como Padre que nos da, nos salva por Cristo en el Espíritu Santo.

Dado su origen bautismal, su recitación es una confesión de fe. Confesar que se cree en Dios, es más que creer que Dios existe, el que dice *“creo en Dios”*, está diciendo que El es el fundamento último de su vida, que se entrega a El, confiándose a El y poniéndose en sus manos; es decir expresa la decisión de tender hacia Dios, de ir hacia El y progresar en el camino de su seguimiento.

Si, la eucaristía es la renovación del compromiso bautismal, ratificando la alianza hecha por Jesucristo. Es nuestro compromiso de fidelidad a Dios Padre.

En cuanto a la forma de realizar la profesión de fe, debe hacerla en sacerdote celebrante con el pueblo, pudiéndose hacer de la forma breve ó larga.

LA ORACION DE LOS FIELES

Actualmente la liturgia de la palabra concluye con la *“oración común ó oración de los fieles”*. Estando los fieles reunidos como pueblo de Dios, que es un pueblo sacerdotal, actuando como tal, en este momento *“ruega por todos los hombres, por las necesidades de la iglesia y por la salvación de todo el mundo”*. Representa uno de los momentos de participación más importantes del pueblo, aunque no siempre es bien entendida y practicada.

Está muy bien documentada desde la antigüedad, a mediados del siglo II, san Justino nos relata que en la eucaristía celebrada después del bautismo *“Después de así lavado, el que ha creído y se ha incorporado a nosotros, lo llevamos a los llamados hermanos allí donde están reunidos, con el fin de elevar oraciones en común (communes preces) por nosotros mismos, por el que acaba de ser iluminado y por todos los demás hermanos esparcidos por el mundo entero. Terminada las preces nos*

damos un beso de paz”. Según este testimonio, lo primero que hace el neófito una vez recibido el bautismo es participar en la oración de los fieles” siendo fieles sinónimo de bautizados, formando parte del pueblo sacerdotal.

Se trata pues de una oración de petición y súplica por las necesidades de la iglesia y de la humanidad una verdadera plegaria de intercesión universal.

Su estructura esta comentada en dos textos, el del Vaticano II y el Misal de Pablo VI. La oración de los fieles consta de cuatro partes: 1. invitación del que preside, 2.- la propuesta de intenciones, 3.- la respuesta de la asamblea, 4.- la conclusión, también presidencial, como la invitación.

1.- El que preside nos invita a la oración en común: “*oremos*” ó “*roguemos al Señor*”.

2.- Propuestas, es el momento de intercesión sacerdotal del pueblo de bautizados por las necesidades de la iglesia entera y la salvación del mundo entero.

3.- La respuesta: consiste en una breve invocación que se repite después de cada intención.

4.- Oración conclusiva: corresponde al que preside, generalmente es una breve intervención en la que se pide a Dios que escuche benignamente las súplicas que se han hecho.

En ella la asamblea expresa sus verdaderos intereses y necesidades, de la iglesia de la humanidad de la comunidad local, etc. Pero no consiste en proponer a Dios nuestra propia solución de los problemas que se presentan; falta mucho para que nuestra oración refleje la esperanza cristiana. Hemos de recordar que Dios actúa por medio de causas segundas, o sea nosotros mismos, por lo tanto pedir a Dios una gracia implica un compromiso de colaboración para que la necesidad sea satisfecha en conformidad con la voluntad del Padre.

2.- LITURGIA EUCARÍSTICA:

III. CELEBRAR EL MEMORIAL DEL SEÑOR Y COMULGAR SU CUERPO

A la celebración de la liturgia de la Palabra, le sigue la liturgia eucarística ó liturgia del sacramento. La palabra lleva al sacramento y se completa en él; el encuentro salvador con Jesucristo que tiene lugar ya en la Palabra, alcanza plenitud en el sacramento que proporciona una presencia del Señor más densa y visible, más encarnada. “La mesa de la Palabra, lleva naturalmente a la mesa de del Pan eucarístico” dice san Juan Pablo II.

La eucaristía comporta esa doble mesa: la de la palabra de Dios y la del cuerpo de Cristo. Cuando Cristo nos congrega para “el banquete de su amor”, al igual que hiciera con los discípulos de Emaús, no sólo *nos explica las escrituras*, sino que *parte para nosotros el pan*.

La eucaristía es una acción de gracias, una ofrenda sacrificial, una invocación del Espíritu y comunión del cuerpo del Señor; y especialmente la repetición de la última cena.

En la eucaristía no celebramos solamente la última cena, celebramos la muerte y resurrección, el misterio Pascual del Señor, pero lo hacemos repitiendo los gestos y las palabras de Jesús en la última cena cumpliendo un mandato suyo: “*Haced esto en conmemoración mía*”.

“**Esto**”: ¿tomar un trozo de pan y decir “esto es mi cuerpo”, tomar una copa de vino y decir “Esto es mi sangre”? Ciertamente, olvidar estos gestos y palabras sería dejar sin lo más nuclear y decisivo de la última cena; pero quedarse sólo con los gestos y las palabras aisladas del resto de la cena, sería empobrecerlo y hacer que se pareciera más a acciones mágicas. Los acontecimientos de la cena no han de verse aislados separados de los demás, sino integrados en el conjunto de la misma, que en cuanto banquete judío, tenía toda ella: un sentido religioso y de oración.

El banquete en la predicación y en la vida de Jesús.

A lo largo de todo el AT se nos habla de la plenitud futura y la obra del poder salvador de Dios, con la imagen de un banquete: “*El Señor de los ejércitos preparará para todos los pueblos en este monte un festín de manjares suculentos un festín de vinos de solera*” **Is 25, 6.8.**

Jesús para anunciar su reino, centro de su vida y de su misión, dio cabida al banquete en su predicación y en sus parábolas, pero sobre todo en su vida. Compartió mesa con las gentes más diversas; y especialmente con pecadores, con los descreídos, los marginados y los excluidos. Los fariseos no inventaban nada cuando decían de Jesús “*este acoge a los pecadores y come con ellos*” **Lc 15,2; Mc 2, 13-17.**

Así podemos considerar la cena eucarística, no como un hecho aislado, sino en relación con todas las comidas anteriores y posteriores, tanto del Jesús histórico, como del Señor resucitado. Siendo la última cena el eslabón que une una larga serie de reuniones en torno a la mesa antes de la Pascua y la primera de otra serie post-pascual.

Si bien el bautismo penitencial fue la acción simbólica más característica de Juan el bautista en el anuncio del Reino de Dios; el banquete comunitario festivo fue la imagen que Jesús prefirió para hablar del Reino de Dios que llegaba como gracia y salvación ofreciéndose en gratuidad a todos.

La suya fue una “*comensalidad abierta*” en la que nadie quedaba excluido, y siendo precisamente los “excluidos” los que tenían un lugar privilegiado. Así era para Jesús compartir el gozo de un amor y una salvación de Dios, otorgando a esos comensales “*la amistad, la dignidad y el perdón de Dios*”. Estaba haciendo palpable la ternura y la cercanía amorosa de Dios que no los rechazaba, sino que les ofrecía reconciliación generosa, comunión gratuita y manifestaba que el Reino de Dios venía también para ellos, y les era ofrecida en la persona de Jesús.

En tiempos de Jesús, se conservaban intactos los valores antiguos de la comensalidad. Para ellos era más que compartir comida e incluso amistad; era compartir la fe y la salvación de Dios, la comida que se comía era una comida bendecida, y en ese sentido sagrado, una comida en la que se reconocía como anfitrión principal al mismo Dios.

En la mentalidad oriental la comunidad de mesa es garantía de paz, confianza, fraternidad, es decir de vida. Estaba claro que al admitir a pecadores y marginados a la mesa, Jesús les ofrecía salvación y perdón; por lo cual reaccionaban tan violentamente los fariseos, pues según ellos a la vez de infringir la ley del pueblo se hacía impuro.

Junto con las comidas en las que Jesús comparte mesa como invitado, hay otras en la que aparece como anfitrión del banquete. Cabe destacar “*la multiplicación de los panes y los peces*” referida por los cuatro evangelistas. **Mt 6,30-44** y paralelos. Estos relatos presentan un gran parecido con la última cena: proximidad de la Pascua, al atardecer, recostados los comensales; allí Jesús toma los panes, levanta los ojos al cielo, los bendice y los reparte. El punto central de ese relato no es tanto “*el milagro*” sino la admirable abundancia que se da cuando Jesús invita a la mesa. Jesús da con profusión, en él se cumple la abundancia y plenitud del reino; el verdadero “*Pan del cielo que da la vida al mundo*”. **Jn 6,26-27; 32-40; 49-59**.

Hubo una comida de Jesús con sus discípulos de una importancia muy especial, por ser una comida de despedida. Aunque en todas las comidas que compartió Jesús con sus discípulos ofreció la salvación divina; en esta última quiso conferirla un significado de plenitud al identificar en pan y el vino con su propia persona, y a la vez dándoles la orden a sus apóstoles de repetir la celebración como memorial suyo.

El relato de la institución de la eucaristía: es decir los gestos y las palabras de Jesús sobre el pan y el vino; los encontramos en tres pasajes del evangelio **Mt 26; Mc 14; Lc 22**. y en la primera carta de san Pablo a los corintios **I Co,11**.

Lo más importante de la celebración de la Pascua de Jesús, de su muerte salvadora, de “*su pasar de este mundo al Padre*” **Jn 13,1**. es precisamente lo que Él manda celebrar a los suyos como sustitución y plenitud de la Pascua Judía.

En la Pascua Judía: Ya hemos visto, que la comida comunitaria y festiva, y no digamos la Pascua, tenía un sentido religioso: era la prefiguración del banquete del reino y se realizaba en presencia de Dios reconociéndole como anfitrión por lo que se le bendecía y daba gracias.

En el banquete judío se comía y se rezaba. En todas las comidas había dos momentos de oración, que abrían y cerraban el banquete. La primera vinculada al rito de la fracción del pan, que daba comienzo a la comida: el que presidía cogía el pan (único, plano y redondo), pronunciaba la bendición, lo troceaba a mano y lo repartía entre los comensales.

La fórmula de bendición sonaba más o menos así: *“bendito seas Señor, Dios nuestro rey del universo, que haces surgir el pan de la tierra”*.

La segunda vinculada con el final de la comida, que en los banquetes festivos iba acompañada de una copa de vino, la llamada “Copa de bendición”. Su texto era bastante desarrollado: el que presidía decía *“Con el asentimiento de los presentes vamos a bendecir a aquel de cuya magnificencia hemos participado”* y se respondía *“Bendito aquel de cuya magnificencia hemos participado y de cuya bondad vivimos”*.

En el último banquete de Cristo: Cristo ya no iba a poder compartir más comidas terrenas con los suyos, pero los emplaza a comer con él en el banquete futuro del reino. Y mientras tanto poder seguir gozando de él, ya que se les hará presente en la ausencia, cada vez que celebren el memorial de su muerte y resurrección. En esta cena se les da de un modo nuevo y permanente *“hasta que Él vuelva”*.

Jesús pronuncia las bendiciones del comienzo y del final de la cena y realiza los gestos correspondientes: distribuir el pan entre los comensales y ofrecerles el vino, como había hecho otras veces; pero esta vez da a estos gestos un sentido nuevo, una plenitud.

ESTO ES MI CUERPO

Repartido el pan a los discípulos, les invita a comerlo *“Tomad y comer”* y añade *“Esto es mi cuerpo que se entregará por vosotros”* **Lc 22,19**. Jesús dice **“Esto” el pan que ha sido partido y repartido, este pan perderá su propio ser y desaparecerá para hacerse alimento y vida de los que lo coman**. Jesús dice esto soy Yo: una vida que se entrega, que no existe para sí misma, sino para los demás y está a punto de ser rota, destrozada, entregada *“hasta el extremo”*.

Con estas palabras que dice Jesús sobre el pan, resume su vida, vida entregada por los demás; y comerlo es participar en su muerte salvadora, tener parte en la vida que va a surgir de esa muerte de Jesús y que vivan su misma vida la que él recibe del Padre.

ESTA ES MI SANGRE

El gesto que realiza Jesús al terminar la cena con la “copa de bendición” tiene el mismo sentido, acentuando la muerte violenta de Jesús: *sangre derramada* a favor de los que ama.

Pronunciando la bendición Jesús, contra toda costumbre hace beber de su misma copa a todos; poniendo de relieve la participación de todos en su mismo destino. Y les dice que lo que beben es su sangre; y al igual que el vino ha sido derramado en el cáliz que va a ser bebido por los discípulos, así va a ser derramada, la sangre, la vida de Jesús, para que todos tengan vida y alcancen el perdón de los pecados, quedando sellada para siempre la alianza, ó pacto amoroso de Dios con los hombres.

Tanto el rito del pan al comienzo de la cena, como el rito del vino al final; son gestos simbólicos. Jesús no se hace presente de cualquier manera, sino como aquel que se entrega por amor y hace donación de sí mismo hasta la sangre. Afirmar que existe un contenido simbólico en los gestos eucarísticos, no es para nada negar ó cuestionar, la realidad de la *presencia real* eucarística, sino precisar su verdadero sentido: la eucaristía hace presente al Señor *como don*, y lo hace presente de una manera precisa.

No podemos quedarnos en el puro símbolo; pero al afirmar la realidad de su presencia, no hemos de olvidar el modo simbólico de esa presencia, ni el sentido de la misma.

HACED ESTO EN MEMORIA MIA

Lo que Cristo quiso anticipar en esa cena, con los signos del pan y el vino es acompañar siempre a los suyos, por eso les mandó: “*Haced esto en conmemoración mía*”; lo que había sido un signo prefigurativo se hiciera más adelante, una vez acaecida la muerte y resurrección de Jesús, signo conmemorativo. Lo que fue, en su momento cena de despedida, sería en adelante cena para el encuentro, porque Cristo se liga de manera permanente y definitiva a este memorial.

También la celebración de la Pascua judía era un ritual, era una celebración conmemorativa, o rito memorial; con que el pueblo de Israel recordaba cada año la intervención salvadora de Dios, que los había hecho nacer como pueblo, sacándoles de Egipto, y el éxodo era para alcanzar la tierra prometida, empujándoles a conquistar el futuro. “*Se recordaba el pasado, actualizándolo en el presente y proyectándolo hacia el futuro*”, hacia la consecución definitiva de la era mesiánica.

Cumplida esa pascua judía, con la muerte y resurrección de Jesús, éste deja a los suyos la Eucaristía como **Nuevo Banquete Pascual, banquete memorial de la nueva pascua.**

Cuando los cristianos celebramos la misa, el motivo central de nuestra acción de gracias, y e objeto de nuestro recuerdo, no es ya la liberación de Egipto, sino la muerte y resurrección de Jesús que se nos hace presente. Y lo que esperamos no es la venida del mesías, sino la manifestación definitiva de su gloria, la plenitud del Reino de Dios, que él inauguró.

DAMOS GRACIAS A DIOS Y LE ALABAMOS

Una de las acciones que realizó Jesús en la última cena, y que nosotros tenemos que repetir, para celebrar el memorial de su muerte y resurrección es la de: *bendecir, alabar, dar gracias a Dios.*

En todos los textos con referencia eucarística, se nos dice expresamente que Jesús: “*pronunció la bendición*”, “*pronunció la acción de gracias*” ó expresión griega: *eulogesas* = lo bendijo. Pero no se trata de invocar la bendición de Dios sobre estos elementos, sino en bendecir a Dios de manera literal en bien-decir, en alabarle, en darle gracias por las obras de su amor: Bendito seas tú Señor.

Esa oración no es la bendición de Dios, sino que se bendice a Dios, se refiere esos relatos de la institución, cuando dicen que Jesús bendijo y dio gracias. Esta oración esta, por tanto incluida en el mandato de hacer lo que Jesús hizo en la última cena, y con el nombre de **Plegaria Eucarística**, ocupa el centro mismo de esta celebración y da nombre al conjunto **Eucaristía**.

Eucaristía: Es una palabra de origen griego –Eukharistía- y significa *acción de gracias*. Pero aquí tiene un significado más amplio, es la respuesta admirada del ser humano a la grandeza y bondad del Dios que se le revela, a su poder, generosidad y sus obras salvadoras. Agradecemos los dones recibidos y alabamos a aquel de quien nos vienen, diciendo en el gloria de la misa: “*Por tu inmensa gloriate damos gracias*”

Cuando nos reunimos para celebrar su memorial, nos estamos reuniendo para alabar, y dar gracias a Dios, para bendecir al Padre como Jesús y con Jesús. Él nos ha

enriquecido con toda clase de bienes espirituales, nos ha hecho en él sus hijos, nos lo ha dado todo en él, dándose a sí mismo en él.

Así pues la acción de gracias es el núcleo central de la celebración eucarística.

Ciertamente la vida es dura y la realidad muchas veces oscura pero para el que mira con los ojos de la fe, puede descubrir cada día y en cada cosa motivos para la admiración y la acción de gracias. La fe y la acción de gracias se corresponden, la fe da motivos para la acción de gracias y la acción de gracias es expresión de la fe.

OFRECEMOS EL SACRIFICIO DE JESÚS Y NOS OFRECEMOS CON EL

La Eucaristía tiene carácter sacrificial pero *¿cuál fue el sacrificio de Jesús?*. Jesús hizo de su vida una ofrenda grata al Padre, entregándose generosamente a los hermanos, vivió y murió en obediencia y amor, puede decir con verdad “*Aquí estoy, oh Dios para hacer tu voluntad*”, **Hb 19,9** “*Yo doy mi vida por las ovejas*” **Jn 10,15**. Su muerte, máxima prueba de amor fue la consumación y culminación de una vida que había sido toda ella autodonación y servicio; su muerte recibe su sentido de la vida. La vida de Jesús tiene el mismo sentido que se atribuye a su muerte, si esa muerte es salvadora, no lo es por sí misma, sino por la resurrección; porque no es la muerte de quien muere; ***es la muerte de quien muere para vencer a la muerte y comunicar su vida resucitada***: esa vida que el Señor nos comunica en la efusión de su Espíritu, es nuestra salvación.

El NT habla en términos sacrificiales de la muerte de Cristo, pero no asimilándola a esos sacrificios caducos que consistían en ofrenda de dones, sino en la ofrenda de su propia persona.

Si en todo sacrificio hay sacerdote y víctima, u oferente y ofrecido; en el sacrificio de Jesús sacerdote y víctima se identifican. **“La realización de su sacerdocio no consistió en la puesta en práctica de una serie de ritos sagrados, sino de su existencia entera, entregada a los demás y sobre todo en su muerte por fidelidad a Dios para el bien del hombre”**.

¿Fue un sacrificio exigido por el Padre? Tenemos que tener claro que Cristo no muere como resultado de la voluntad positiva del Padre, de un Dios airado, que no se viera satisfecho de otra manera y no estuviera dispuesto a otorgar su perdón sino a cambio de la muerte de su propio hijo. NO. Ese no es el Dios verdadero, no es el Dios de la revelación bíblico-cristiana, no es el Dios del perdón y de la misericordia incondicional. Eso es pura blasfemia decir que Dios exigió la muerte de Jesús.

El Jesús que sufrió pasión y muerte en cruz, no es víctima de la “*justicia divina*”, sino de la **injusticia humana: del egoísmo y la violencia de los que no soportan al justo, de los que no aguantan una actuación y una palabra de vida como la de Jesús**.

Lo mataron porque el hombre es malo y no tolera la defensa del pobre, ni el desvelamiento de la hipocresía, la denuncia de la injusticia y la ruptura de los convencionalismos y privilegios sociales ó religiosos.

Murió, porque fue bueno, no pactó ni se cansó, poniéndose del lado de los oprimidos sin retroceder delante de las consecuencias: porque fue fiel a su misión. Habló como habló, actuó como actuó, porque *tuvo a Dios como único Señor absoluto de su vida*. Predicó un reino de Dios que implicaba justicia para los oprimidos y que se ofrecía como don gratuito para todos. Pero había muchos que no les interesaba que lo que Jesús representaba siguiera adelante, por eso lo mataron.

Por eso murió, no porque el mismo buscara la muerte, aunque no la rehuyó, ni porque el Padre se lo exigiera; lo que el Padre hace no es matar, sino “*resucitar al Hijo*” acreditándole delante de todos, aceptando su entrega amorosa y convirtiéndola en el único sacrificio válido.

Un sacrificio presente en la Cena y en la Eucaristía: La última cena fue sacrificial, porque en ella se hizo presente el sacrificio que iba a consumarse en la cruz. Jesús bajo los signos sacramentales del pan y vino, se comprometía a entregar su cuerpo y derramar su sangre, presentándose él mismo a su Padre como sacrificio aceptado; anticipando con sus palabras y sus gestos el acontecimiento pascual.

Por esa misma razón es sacrificial la Eucaristía, porque en ella se hace presente la oblación de Jesús, la entrega de su vida y de su muerte, el sacrificio de la cruz.

¿Cómo un acontecimiento del pasado puede hacerse realmente presente?: La explicación la encontramos en el catecismo de la iglesia católica: “*Cuando llegó su hora, vivió el único acontecimiento de la historia que no pasa: Jesús muere, es sepultado, resucita de entre los muertos y se sienta a la derecha del Padre una vez por todas.*”

Es un acontecimiento real sucedió en nuestra historia, pero absolutamente singular. Todos los acontecimientos suceden una vez y luego pasan y son absorbidos por el pasado. El misterio pascual de Cristo, por el contrario, no puede permanecer sólo en el pasado, pues por **su muerte destruyó a la muerte**, y todo lo que Cristo es hizo y padeció por los hombres, participa de la *eternidad Divina*, y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente.

Los acontecimientos de la Cruz y la Resurrección permanecen y atraen todo hacia la vida.

El misterio pascual de Cristo se celebra, no se repite, son las celebraciones las que se repiten: en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo, que actualiza el único misterio.

Un sacrificio cuya ofrenda reclama la nuestra: La celebración Eucarística pone en nuestras manos, el sacrificio de Jesús, la ofrenda de sí mismo al Padre, para la salvación de los hermanos. Por eso nos unimos a su oblación y se la ofrecemos como mejor presente al Padre.

Ofrecemos: “*El Pan de vida eterna y el Cáliz de eterna salvación*” “*El sacrificio vivo y santo*”. Ofrecemos lo que previamente nos ha sido ofrecido ó donado. Ofrecemos a Dios la víctima que él mismo nos ha preparado: “*Dirige tu mirada sobre esta víctima que tú mismo has preparado a tu iglesia*”.

¿Pero podemos ofrecer a Jesús como víctima nuestra, sin ofrecernos nosotros con él? Por eso la plegaria IV prosigue: “*Concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz. Que congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria*”; y en la plegaria III se pide “*que nos transforme en ofrenda permanente*”.

No podemos ofrecer a Cristo sin ofrecernos con él: No puede actuar en un sentido él: la cabeza, y por otro nosotros: los miembros del cuerpo.

La celebración alcanza su verdadera finalidad cuando hacemos de toda nuestra vida, una sola ofrenda, un solo sacrificio, con la ofrenda y el sacrificio de Cristo.

En este sacramento los miembros de la comunidad celebrante, estamos expresamente invitados a participar: “*Tomad, comed, beber...*” es el ofrecimiento que hace Jesús a participar de su vida y de su destino.

La realización del sacrificio vital de Cristo debe convertirse en la actitud cotidiana del cristiano y manifestarse en su actitud diaria.

PETICIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Sólo Dios, puede dar a Dios. Sólo Él puede darnos el don de sí mismo, sólo Él puede darnos “*el verdadero pan del cielo*” **Jn 6,23**. Cuando celebramos la eucaristía, lo hacemos como memorial, es decir recuerdo y presencia. Lograr que nuestro humilde pan y vino que ofrecemos en la celebración se transformen realmente en el Cuerpo y Sangre de Cristo Jesús, rebasa ampliamente nuestras capacidades; sólo puede realizarse en el poder del Espíritu Santo.

Por eso la Iglesia, en su oración eucarística incluye una súplica ó invocación al Espíritu Santo para que tenga una presencia activa en el Misterio que se celebra y en la comunidad que lo celebra. Esta súplica se hace pidiendo la venida y actuación del Espíritu.

Con esta súplica la Iglesia expresa su incapacidad y su confianza en Dios que no la va a dejar sola, ni le va a negar aquello que necesita para realizar el memorial de su Señor.

La epiclesis: del griego epikalein = invocar; es la intercesión mediante la cuál el sacerdote suplica al Padre que envíe al Espíritu Santo santificador para que las ofrendas se conviertan en el Cuerpo y sangre de Cristo, y para que los fieles al recibirlos nos convirtamos nosotros mismos en ofrendas vivas para Dios.

Esta dividida en dos partes: a) *epiclesis de consagración*- antes del relato de la última cena; b) *epiclesis de comunión*- inmediatamente antes de las intercesiones.

Cuando la comunidad cristiana celebra la eucaristía, no es ella sola la que celebra, de una forma real es Cristo y su Espíritu los que actúan. El encuentro salvador entre Cristo y sus creyentes se hace posible por la fuerza creadora del Espíritu. Sólo el que se deja impregnar por él, logrará encarnar en su vida lo que celebra en el rito sacramental.

ACEPTAMOS LA INVITACIÓN DEL SEÑOR Y COMULGAMOS

La eucaristía es toda ella un misterio de comunión, de participación, de encuentro personal y solidaridad. El misterio de un Dios que se acerca al hombre, asumiendo su pobreza – pan y vino- y se le da con generosidad para que el hombre pueda acercarse a Él y enriquecerse, alimentarse con su Pan y participar de su misma vida. “*Nos hace compartir la vida divina de aquel que se ha dignado compartir con nosotros la condición humana*”.

Cristo en la eucaristía, se nos da como alimento, se hace presente para que lo recibamos en la comunión, nos alimentamos y vivimos en Él.

“*Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre, del mismo modo el que me come vivirá en mí*” **Jn 6, 53-58**.

El Señor no quiere que nos falte el pan que remedie nuestras flaquezas y sostenga nuestro caminar cristiano.

La comunión eucarística no es sólo para los buenos, para los dignos, para los perfectos; sino para los débiles para los que cada día experimentan su incapacidad y tienen que reconocerse indignos y pedir perdón. **No se trata de un sacramento para los que lo merecen, sino para los que lo necesitan.** Cristo se hace alimento para los que peregrinan y como tales en el camino tropiezan y se manchan, no de los que han alcanzado la meta.

Cuando hacemos una comunión vital con Cristo, es cuando la comunión eucarística ha cumplido su máximo objetivo y alcanzado su verdad: cuando lleva a compartir los sentimientos de Jesús del evangelio, los proyectos y metas que Él se propuso en su vida y a seguir su camino para alabanza del Padre. **Sólo si somos como Él fue, actuamos como Él actuó, esa es la comunión que da fruto y es la que quiere el Señor.**

Cuando comulgamos no nos unimos a Cristo individualmente y por separado, sino compartiendo mesa en una unión fraternal con los que participan con nosotros del mismo Pan. Haciendo unidad con todos en común-uniión = comunión; así debemos ir creciendo en solidaridad con los hombres en general, y con los necesitados y sufrientes en particular. El mismo que nos mandó celebrar la eucaristía nos mandó también el vivir el amor y el servicio para con todos y nos advirtió *“Que hacemos con Él, lo que hagamos con los pobres y los que sufren”* **Lc 22,19.**

La invitación a celebrar el banquete eucarístico es invitación a comer su Pan. La practica *“normal”* de tantos adultos que hoy asisten a Misa y no comulgan no es normal. El valor de asistir a la Misa es participar en la comunión, aunque tiene sentido y tiene su valor asistir y participar en ella, aunque no se comulgue, aunque no se llegue a esa *“forma más perfecta”*, tampoco se puede comulgar *“sin las debidas disposiciones”* lo que es un don de amor tiene que ser recibido con reverente amor, sin haber roto la amistad con Dios.

“El cáliz que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? El que come del pan ó bebe el cáliz del Señor sin darles su valor tendrá que responder del cuerpo y de la sangre del Señor”. **1 Co 10, 16; 11, 27.**

IV: RITUAL DE LA LITÚRGIA EUCARÍSTICA.

Concluida la liturgia de la Palabra, con la oración de los fieles, comienza la Liturgia del Sacramento ó Eucaristía.

En el relato de la institución nos recuerda las acciones y gestos de Jesús en la Cena: *Tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio e hizo igual con la copa.* Cuando la Iglesia celebra el memorial del Señor repite ese ritual.

El desarrollo sacramental de esta celebración está ordenado en partes que se corresponden; así pues el esquema de la liturgia Eucarística está integrado por siguientes elementos, ó momentos celebrativos:

- I) Preparación de los dones: colocación del pan y vino sobre el altar.
- II) Plegaria eucarística: Pronunció la bendición, dio gracias.
- III) Rito de la comunión: Incluye la fracción del Pan, Lo partió y se lo dio.

I) Preparación de los dones: Es el término que se utiliza en la Misa actual para designar, lo que se denominaba antes “Ofertorio”.

En los primeros tiempos la celebración se situaba en el marco de un banquete fraternal, el pan y el vino ya estaban sobre la mesa, y no había lugar para su presentación ni movimiento procesional de los mismos.

Posteriormente la celebración se desvincula del banquete fraterno.

En el siglo II san Justino, nos ofrece la primera descripción completa de la celebración eucarística en estos términos: *“Luego, concluida la liturgia de la Palabra, él que preside entre los hermanos se le ofrece pan y una copa de vino mezclado con agua, y tomándolos, él tributa alabanzas y gloria a Dios del Universo”.*

Vemos que este rito se reduce a la presentación del pan y el vino al que preside para que pronuncie sobre ellos la plegaria de bendición. Es sin más “un preparativo necesario”.

Posteriormente tuvo una realización litúrgica de mayor impacto, en una “procesión de ofrendas” hecha por los fieles, que se ponían en movimiento avanzando por la nave central hacia el altar, depositando sobre él el pan el vino y demás ofrendas, cera, incienso , velas etc. Durante esta procesión se cantaba *“un salmo de ofertorio”*. Los cánticos que se cantaban eran como el famoso Kherubikon bizantino: *“Nosotros que místicamente representamos a los querubines y que en honor de la Trinidad vivificante cantamos el himno tres veces santo, deponemos toda solicitud humana para recibir al Rey de todas las cosas invisibles escoltado por las milicias angélicas, alehuya, alehuya, alehuya”.*

El pan y el vino son vistos no tanto en lo que son, sino en lo que van a ser una vez consagrados; y porque así son vistos, así son tratados.

Diversas circunstancias influyeron en la desaparición de esta procesión de ofrendas sobretodo, la introducción del pan ácimo como materia obligatoria en la celebración, en perjuicio del pan común que eran las ofrendas que podían hacer los fieles; y no se consagraba el pan que traían de sus casas.

Igualmente los cantos que acompañaban la procesión, eran una anticipación en lo que iba a tener lugar posteriormente, se utilizaba un lenguaje cuyo significado sólo iba a hacerse realidad con la consagración, duplicando lo que supone la plegaria eucarística.

Su significado: La preparación de los dones, no se reduce a su función meramente necesaria como definió san Justino; el hecho de que el pan y el vino sean presentados por los fieles, conserva un sentido y significado espiritual.

El pan y el vino son frutos de la tierra, dones de Dios, pero también hechura del hombre, fruto de su trabajo y representan lo cotidiano: el pan, y la alegría: el vino.

Para realizar el sacramento Dios se vale de nuestro pan y nuestro vino, de nuestro trabajo y nuestra lucha. La entrega amorosa de Cristo en el sacramento será fructífera, si respondemos con nuestra propia entrega.

Esta preparación de dones incluye la “colecta” ó aportación económica que manifiesta de manera realista, el compartir fraterno. Es la expresión de la “koinonia” o comunión de personas capaces de poner efectivamente en común lo que son y lo que poseen para repartir conforme las necesidades de los hermanos y para atender las necesidades de la propia comunidad. Pero el hecho de hacer una colecta no nos educa a los fieles a dar a nuestra vida una dimensión sacrificial. El rito del ofertorio tiene un sentido profundamente evangélico de acción de gracias por los dones recibidos del Señor, de fe y confianza en la Providencia, y de solidaridad entre los hermanos.

Este momento representa, un tiempo suave, de sosiego, entre dos tiempos fuertes: la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística. Un tiempo para el silencio recogido y de serena contemplación; un tiempo discreto de espera para rehacer fuerzas y entrar con ánimo renovado en el momento central de la celebración.

Realización del Rito: La liturgia eucarística, tiene como lugar propio el Altar ó *Mesa del sacrificio*. Al término de la liturgia de palabra, lo primero que se realiza es disponer el altar: prepararlo, aderezarlo, ya que hasta ese momento permanecía vacío. Es ahora cuando se coloca sobre él el Misal, el Cáliz y la Patena.

-Éstos pueden ser llevados por algunos fieles en representación de los demás.

-Simultáneamente se realiza la colecta ó aportación económica, que debe hacerse en el momento preciso y con la necesaria rapidez.

a) **Presentación del Pan:**

Dispuestos en el altar, el pan y el vino, el celebrante realiza el primer gesto de Jesucristo en la última cena: toma en sus manos el pan, en un gesto de presentación, ya que lo mantiene un poco elevado, y pronuncia una breve fórmula de bendición: *“Bendito seas Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos; él será para nosotros pan de vida”*.

Es una fórmula sencilla que recuerda las bendiciones de la comida judía la que pronunciaba el padre de familia al comienzo de la comida.

b) **Mezcla del agua y el Vino:**

A continuación el celebrante vierte vino y un poco de agua en el Cáliz, diciendo en secreto: *“El agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de aquel que ha querido compartir nuestra condición humana”*.

La interpretación más antigua de este gesto la dio san Cipriano, en el siglo III: *“Cuando se mezcla el vino con agua en el cáliz, el pueblo se une con Cristo. Si alguien ofrece sólo vino, la sangre de Cristo está sin nosotros; si sólo se ofrece agua, el pueblo se halla sin Cristo”*.

c) Presentación del Vino:

Una vez preparado el Cáliz, el celebrante lo mantiene un poco elevado sobre el altar y dice en secreto ó en voz alta: *“Bendito seas Señor, Dios del universo, por este vino fruto de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos; él será para nosotros bebida de salvación”*.

d) Oración Personal:

Posado el Cáliz sobre el altar, el celebrante se inclina y dice en secreto *“Acepta Señor, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde; Señor, Dios nuestro”* ó in spiritu humilitatis. El sacerdote no sólo pronuncia oraciones como presidente de toda la comunidad, sino que algunas veces lo hace a título personal, para poder cumplir su ministerio con mayor atención y piedad.

Son oraciones que acompañan al gesto: el de la inclinación profunda. Tienen sus ecos en **Dn 3, 39-40**; y en el **Salmo 50**. Expresan la actitud humilde y suplicante de quién se dispone a realizar el sacrificio del Señor.

e) Incensación:

Si se juzga oportuno, y en según que circunstancias, el celebrante, inciensa las ofrendas y el altar, y él mismo es incensado por otro ministro que a continuación inciensa a los fieles. Así la oración de las ofrendas sube ante el trono de Dios como el incienso.

f) Lavado de manos:

Es un gesto simbólico que existió como rito religioso de purificación interior. Su significado lo recoge en un texto atribuido a san Cirilo de Jerusalén, que no deja lugar a dudas acerca del carácter no utilitario, sino simbólico del lavado, dice así: *“Habéis visto que el diácono presenta el agua para que se laven las manos el obispo y presbíteros que rodean la mesa del Señor, no lo hacen ciertamente para quitarles las manchas del cuerpo porque ni al principio de la celebración estábamos manchados, sino que esta ablución de manos, es el símbolo de limpieza que vosotros debéis llevar, purificándoos de todo pecado y de toda prevaricación. Más como las manos son símbolo de nuestro obrar, al lavarlas queremos significar la pureza de nuestras obras”*.

Se realiza con estas palabras: *“Lava Señor, del todo mi delito, limpia mi pecado”* participa de este rito la asamblea entera, el que preside tiene sus propias confesiones de indignidad y súplica de perdón, y la asamblea lo hace a lo largo de la celebración : como en el gloria: *“Tú que quitas el pecado del mundo ten piedad de nosotros”*; ó en el padrenuestro: *“Perdona nuestras ofensas”*; o antes de comulgar exclámanos: *“Señor yo no soy digno”*.

Como el sacerdote va a cumplir su más alta función sacerdotal, al decir la plegaria eucarística, realiza delante de todos ese gesto del *Lavado*, como reconocimiento de su condición humana, pecadora, y expresa su deseo de purificación.

h) Orad hermanos:

La celebración del sacrificio, aunque sea en su fase preparatoria ha empezado ya. Los ritos y las palabras miran a la próxima plegaria eucarística, con la oración sobre las ofrendas siendo precedida con un *Oremos* invitatorio.

i) **Oración sobre las ofrendas:**

Todo el rito concluye con esta oración. La dice el celebrante en voz alta y en postura orante, es decir con ambas manos extendidas. Su significado está en función de lo que concluye: la presentación a Dios de los dones que a su vez han presentado los fieles. En ellas se pide a Dios que acepte con bondad las ofrendas, pero pensando en el destino que van a tener, se le pide a Dios que realice efectivamente el misterio que va a operarse en ellas, que los consagre y los transforme en sacramento de vida eterna.

Termina siempre con la conclusión breve dirigida al Padre: “*Por Jesucristo, nuestro señor*” y se menciona al Hijo: *Él que vive y reina por los siglos de los siglos*”.

II) Plegaria Eucarística: Con la Plegaria eucarística alcanzamos la cumbre de la celebración. Es la oración que expresa nuestra alabanza al Padre que realiza nuestro “sacrificio de reconciliación” en la muerte y resurrección de Cristo actualizada en el sacramento, dándose como pan y bebida de salvación.

Con esta plegaria de acción de gracias, repetimos y actualizamos la segunda de las acciones de Jesús en la última cena: *pronunciar la bendición y dar gracias*. “Bendijo” eulogías, “dio gracias” eucarísticas.

Por medio del sacerdote que preside, la asamblea se dirige al Padre, en la oración y acción de gracias, unidos a Cristo, en el reconocimiento de las grandezas de Dios y en la ofrenda del sacrificio.

La llamada anáfora en las liturgias orientales y Canon en la latina preconciliar, a partir de la reforma postconciliar se llaman más propiamente Plegaria eucarística ó “*Prex eucarística*”.

Anáfora: del griego “*ana-fero*” elevar. A Dios se eleva la ofrenda sacrificial y la acción de gracias.

Canon: del griego “*kanon*” regla, medida, norma. Es la regla ó norma fija de la plegaria que ha de usarse necesariamente para celebrar la acción eucarística.

Eucharistein: del griego significa dar gracias. La plegaria eucarística es pues ante todo una plegaria de acción de gracias.

En la liturgia romana sólo se disponía de una plegaria en la celebración eucarística, por esa razón se le llamaba canon ó norma fija, que continuaba diciéndose en latín lengua muerta desconocida por los fieles y de forma silenciosa.

Después del concilio, se modificó, primero caería el silencio, después el latín y por último la unicidad del Canon.

Hoy en día la Plegaria Eucarística es dicha en voz alta, en lengua vernácula y escogiendo entre diversos formularios posibles; siendo así una plegaria nueva y ecuménica ó *Missa orbis*.

Todos estos cambios fueron motivados entre otros aludiendo al texto de la 1ª carta de san Pablo a los Corintios. “*Supongamos que pronuncias la bendición llevado por el Espíritu; ése que ocupa el puesto de simpatizante ¿cómo va a responder “amén” a tu acción de gracias si no sabe lo que dices?*”

Y en las palabras de san Agustín en los comentarios de los salmos: “*Preferible es que nos critiquen los lingüistas, que no que la gente del pueblo no nos entiendan*”.

No cabe duda que el “Amen” del pueblo a la acción de gracias que pronuncia en su nombre el que preside, tendrá mucho más sentido cuando entendemos lo que se dice.

Por ello el 20 de Junio de 1966, Pablo IV, tomó la decisión de que el canon romano permaneciera intacto, pero autorizó que se introdujeran dos ó tres anáforas ya existentes ó de nueva creación.

Hacia el año 150 Justino, un laico cristiano, nos ofrece un documento de la historia litúrgica, nos describe el esquema de la celebración dominical donde ocupa un puesto central la plegaria eucarística:

El día que se llama del sol se celebra una reunión de todos los que moran en las ciudades ó en los campos, y allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, los *Recuerdos de los Apóstoles* ó los escritos de los profetas. Luego cuando el lector termina, el presidente, de palabra hace una exhortación e invitación a que imitemos estos bellos ejemplos. Seguidamente nos levantamos todos a una y elevamos nuestras preces; y estas terminadas, se ofrece pan, vino y agua, y el presidente según sus fuerzas, hace igualmente subir sus preces y acción de gracias y todo el pueblo exclama diciendo “amén”. Ahora viene la distribución y participación que se hace a cada uno, de los alimentos consagrados por la acción de gracias y su envío por medio de los diáconos a los ausentes.

Justino, no nos da ningún formulario de plegaria eucarística; afirma: *el presidente según sus fuerzas*, constatando que esta vigente el principio de improvisación, tal como se hacía en la tradición judía.

La bendición es la respuesta del hombre por la acción de Dios que le da la vida fecundidad, gracia, salvación; y la respuesta del hombre es lo único que le puede dar: el reconocimiento, la alabanza, la confesión jubilosa de su nombre. A la vez en la alabanza se introduce la súplica confiada como petición de que se realice en plenitud lo que constituye el objeto de la alabanza.

Anámnesis = alabanza, evocación, conmemoración.

Epiclesis = invocación, súplica.

En el siglo III encontramos un escrito titulado *Tradición Apostólica de Hipólito*, donde encontramos la primera plegaria eucarística escrita, presentándonos recomendaciones como provenientes de los mismos apóstoles.

La anáfora de Hipólito está articulada según estos elementos internos:

- Diálogo inicial
- Acción de gracias centrada en el misterio de Cristo.
- Relato de la Institución
- Anámnesis y ofrenda.
- Epiclesis de comunión.
- Doxología y “Amen” del pueblo.

Esta anáfora venerable por su antigüedad, simplicidad y densidad oracional, influyo en todas las litúrgicas; actualmente es completada con:

- El canto del Sanctus.
- La epiclesis de consagración, previa al relato de la institución eucarística.
- Las plegarias de intercesión, al final de la anáfora.

Hay un gran número de anáforas, en ellas se pone en relación la acción creadora del Padre, y la acción mediadora del Verbo. La creación y la redención no son esencialmente distintas, en ellas se da una conexión y unidad. El Dios de la creación es el mismo de la redención. El Cristo por quién hemos recibido la redención, es el Cristo por quién se ha efectuado la creación. Tanto la acción creadora como la redentora de Dios, han sido realizadas por mediación de Cristo.

La redención es vista como una re-creación, una recuperación de la creación primera.

Las nuevas Plegarias Eucarísticas

Todas tienen una estructura común que se resumen en estos diez momentos:

- 1. Diálogo introductorio:** Inicia la anáfora con el saludo la invitación a levantar el corazón y la invitación de los fieles a la acción de gracias que connota.
- 2. Acción de Gracias:** Con un desarrollo breve y sintético centrado en Cristo y en la historia de salvación que nos trae.
- 3. Sanctus:** Es la culminación del prefacio, este himno cantado por la asamblea, expresa la alabanza cósmica y la conexión entre alabanza terrestre y celeste.
- 4. Epiclesis I ó de consagración:** Es la invocación explícita al Espíritu Santo, en la que se ruega la transformación del pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo.
- 5. Relato de la Institución:** Es el momento central en las que las palabras de Jesús en la última cena se reviven. La presencia real de Cristo en este punto, se destaca con la elevación, la incensación, el sonido de campanas o de la campanilla, la postración, el silencio profundo, la jaculatoria “Señor mío y Dios mío”.
- 6. La anamnesis:** Volviendo a tomar las últimas palabras del relato de la institución “*Haced esto en conmemoración mía*”, continua la oración dirigida al Padre haciendo el memorial de los misterios principales de la vida de Cristo: centrándose en la muerte y resurrección de Cristo, o bien explicando detalles de su descenso al lugar de los muertos, su resurrección, su ascensión y su última venida gloriosa.
- 7. La ofrenda:** La misa no es un nuevo sacrificio, sino el recuerdo actualizado, el memorial del sacrificio definitivo de Cristo. Así el tema del sacrificio va integrado en la explicación del memorial: al celebrar el memorial te ofrecemos. *Memores offerimus*.
- 8. Epiclesis II ó de comunión:** Es la más antigua, en el interior de la anáfora. La plegaria estructurada trinitariamente, ha desarrollado en la primera parte la acción de gracias al Padre, en la segunda se ha explicitado la cristología con el relato de la institución y la anamnesis sacrificial, y ahora tiene lugar el desarrollo pneu-matológico en el que se ruega al Padre que envíe al Espíritu Santo para que transforme al pueblo reunido en cuerpo de Cristo, y que en la comunión alcancen los frutos del sacramento.
- 9. Intercesiones:** Se evoca aquí la comunión con los vivos y con los difuntos, la participación solidaria en el misterio de Cristo. Dios recibirá la plena glorificación cuando Cristo lo sea todo en todos, es decir cuando la historia de la salvación haya llegado a su término, con la congregación de todos los salvados en el pueblo escatológico ó Jerusalén celestial.
- 10. Doxología final:** Todas las anáforas concluyen con un broche doxológico, que viene a resumir y rematar el tema de la alabanza y acción de gracias de toda la plegaria. El carácter de clímax viene dado con el gesto de elevación de los dones eucaristizados. Con el “Amen” final el pueblo rubrica su participación en la oración eucarística, que ha sido elevada en nombre de toda la asamblea.

Empecemos a comentar las diversas partes de la plegaria eucarística, empezando por el prefacio..

1. El diálogo Introductorio: La realiza el presidente para que toda la asamblea tome consciencia de que la plegaria central de la misa, va a ser una acción de todos, aunque la proclame el presidente.

Se hace un saludo, con la invitación a elevar los corazones, a alabar y dar gracias, como hemos visto, este diálogo lo encontrábamos en las fórmulas judías de “bizkat hamazon”, y en las anáforas de Hipólito:

“El Señor esté con vosotros” R/ Y con tu Espíritu
“Elevar vuestros corazones” R/ Los tenemos en el Señor
“Demos gracias al Señor” R/ Es digno y justo

En el Prefacio el presidente comienza a proclamar la alabanza y la acción de gracias a Dios. Del verbo latino “prae-fari” su sentido es el de “hablar o hacer algo ante la comunidad”. La alabanza se dirige al Padre y se centra en la historia de la salvación, en las liturgias occidentales, estos prefacios son muy variados, mientras que en las orientales es invariable (aunque hay variedad de anáforas enteras), en la plegaria II inspirada en Hipólito es plenamente cristológica, centrada en la obra redentora de Cristo, desde su encarnación hasta su redención:

“Cristo cumple la voluntad del Padre, extiende los brazos en la cruz, destruye la muerte, manifiesta la resurrección, y congrega un pueblo santo”.

En la plegaria IV es donde mejor se ve la alabanza y acción de gracias, el misterio de Dios y su trascendente existencia:

“Por que tú eres el único Dios vivo y verdadero, que existes desde siempre y vives para siempre, hiciste todas las cosas para colmarlas de tus bendiciones”.

2. El Santus: La alabanza del presidente es a su vez subrayada por la comunidad con la aclamación del Santus.

Es una aclamación que no encontramos en las anáforas orientales hasta el siglo IV. Hipólito todavía no la tiene, pero si la de Serapión y la de Cirilo de Jerusalén, tal vez se introdujo en Alejandría o Jerusalén, con una evidente influencia de las sinagogas judías que tenían formulaciones parecidas.

El “Santus” lo encontramos en la liturgia romana en el siglo V, y el “Benedictus” no aparece hasta el siglo VI.

El texto de las aclamaciones se tomó de **Isaías 6,3** y del evangelio de **Mateo 21,9**.

Is 6,3

“Santo, santo, santo
Yahvé Sebaoth (ejércitos)
Llena está toda la tierra
De tu gloria”

Plegaria eucarística

“Santo, santo, santo
es el Señor, Dios del Universo;
llenos están el cielo y la tierra
de tu gloria”

Mt 21,9

“Hosanna al Hijo de David
Bendito el que viene
En el nombre del Señor
Hosanna en las alturas”

“Hosanna en el cielo
bendito el que viene
en el nombre del Señor
Hosanna en el cielo”

La asamblea se une al presidente en la alabanza a Dios y también al canto de los ángeles y los santos del cielo, no se encuentra sola en su acción de gracias.

El canto resalta la santidad del Dios trino (trisagio), y el benedictus centra la alabanza al Padre por su mejor don, el Salvador Cristo Jesús.

3. Prolongación de la alabanza

La alabanza se prolonga después del santus, y sirve de enlace con la primera invocación del Espíritu Santo, la lógica es clara, ya que Dios es santo y ha actuado salvíficamente, se le pide que santifique también la ofrenda.

Todo hasta ahora ha sido proclamación de alabanza y acción de gracias una oración llena de admiración agradecida hacia Dios creador.

4. Epiclesis I ó de consagración

Sólo Dios, puede dar a Dios. Sólo Él puede darnos el don de sí mismo, sólo Él puede darnos “*el verdadero pan del cielo*” **Jn 6,23**. Cuando celebramos la eucaristía, lo hacemos como memorial, es decir recuerdo y presencia. Lograr que nuestro humilde pan y vino que ofrecemos en la celebración se transformen realmente en el Cuerpo y Sangre de Cristo Jesús, rebasa ampliamente nuestras capacidades; sólo puede realizarse en el poder del Espíritu Santo.

Por eso la Iglesia, en su oración eucarística incluye una súplica ó invocación al Espíritu Santo para que tenga una presencia activa en el Misterio que se celebra y en la comunidad que lo celebra. Esta súplica se hace pidiendo la venida y actuación del Espíritu.

Con esta súplica la Iglesia expresa su incapacidad y su confianza en Dios que no la va a dejar sola, ni le va a negar aquello que necesita para realizar el memorial de su Señor.

La epiclesis: del griego epikalein = invocar, “llamar sobre” es la intercesión mediante la cuál el sacerdote suplica al Padre que envíe al Espíritu Santo santificador para que las ofrendas se conviertan en el Cuerpo y sangre de Cristo, y para que los fieles al recibirlos nos convirtamos nosotros mismos en ofrendas vivas para Dios.

Esta dividida en dos partes: a) *epiclesis de consagración*- antes del relato de la última cena; b) *epiclesis de comunión*- inmediatamente antes de las intercesiones.

Cuando la comunidad cristiana celebra la eucaristía, no es ella sola la que celebra, de una forma real es Cristo y su Espíritu los que actúan. El encuentro salvador entre Cristo y sus creyentes se hace posible por la fuerza creadora del Espíritu. Sólo el que se deja impregnar por él, logrará encarnar en su vida lo que celebra en el rito sacramental.

Toda la plegaria es una invocación a Dios, pero en este momento explicitamos la petición; como lo hacemos en la oración central de otros sacramentos: sobre el agua bautismal, el crisma de la confirmación o sobre los ordenados en los ministerios. Sobre todo en este momento, le pedimos que hoy y aquí siga actuando por su Espíritu.

En occidente tenemos dos epiclesis: una sobre el pan y el vino, para que el Espíritu de Dios los transforme en el Cuerpo y Sangre de Cristo; y otra sobre la comunidad que celebra y que va a participar de estos dones eucaristizados, para que también a ella la transforme el Espíritu y haga de ella “un solo cuerpo y un solo espíritu”.

En la anáfora de Hipólito, se invoca la venida del Espíritu tanto sobre los dones como sobre la comunidad. Y en la catequesis de Cirilo de Jerusalén leemos “Pues ciertamente cualquier cosa que tocara el Espíritu Santo será santificada y cambiada”.

La epiclesis sobre los dones: el sentido de esta primera epiclesis es invocar la fuerza salvadora de Dios sobre los dones eucarísticos, para que también para nosotros las palabras de Cristo tengan su eficacia por el Espíritu dador de vida.

El mismo Espíritu que obró la encarnación del Hijo de Dios, el que dio sentido a su muerte, el que le resucitó de entre los muertos, es el que realiza ahora el misterio eucarístico. El sacerdote, en nombre de toda la comunidad, dice la invocación imponiendo sus manos sobre el pan y el vino: “santifica estos dones con la efusión de tu Espíritu, de manera que sean para nosotros cuerpo y sangre de Cristo” (II).

La expresión “para nosotros”, no significa que para otros no sean cuerpo y sangre de Cristo, sino que la presencia y autodonación de Cristo tiene pleno sentido sólo para nosotros, la comunidad de creyentes que proclama, celebra y participa del misterio pascual de Cristo, si sabe acoger con fe su don.

5. Relato de la Institución: La plegaria llega ahora, después de la alabanza inicial, a su centro de mayor densidad litúrgica y teológica. Todo lo que Dios Padre ha hecho desde la creación se condensa en la pascua de Cristo, su muerte y resurrección. La alabanza se convierte en memorial sacramental de lo que hizo y dijo, Jesús en la última cena y se reviven.

a) El relato tiene una introducción: “el cual, cuando iba a ser entregado” (II)

b) Los dos ritos del pan y del vino, con las palabras, se toman de los testimonios del NT.

El pronunciar el relato de la última cena, con las entrañables palabras y acciones de Jesús sobre el pan y el vino.

* Repartido el pan a los discípulos, les invita a comerlo “*Tomad y comer*” y añade “*Esto es mi cuerpo que se entregará por vosotros*” **Lc 22,19**. Jesús dice “**Esto**” el pan que ha sido partido y repartido, este pan perderá su propio ser y desaparecerá para hacerse alimento y vida de los que lo coman. Jesús dice esto soy Yo: una vida que se entrega, que no existe para sí misma, sino para los demás y está a punto de ser rota, destrozada, entregada “*hasta el extremo*”.

Con estas palabras que dice Jesús sobre el pan, resume su vida, vida entregada por los demás; y comerlo es participar en su muerte salvadora, tener parte en la vida que va a surgir de esa muerte de Jesús y que vivan su misma vida la que él recibe del Padre.

* El gesto que realiza Jesús al terminar la cena con la “copa de bendición” tiene el mismo sentido, acentuando la muerte violenta de Jesús: *sangre derramada* a favor de los que ama. “*Tomad y beber, esta es mi sangre*”.

Pronunciando la bendición Jesús, contra toda costumbre hace beber de su misma copa a todos; poniendo de relieve la participación de todos en su mismo destino. Y les dice que lo que beben es su sangre; y al igual que el vino ha sido derramado en el cáliz que va a ser bebido por los discípulos, así va a ser derramada, la sangre, la vida de Jesús, para que todos tengan vida y alcancen el perdón de los pecados, quedando sellada para siempre la alianza, ó pacto amoroso de Dios con los hombres.

Tanto el rito del pan al comienzo de la cena, como el rito del vino al final; son gestos simbólicos. Jesús no se hace presente de cualquier manera, sino como aquel que se entrega por amor y hace donación de sí mismo hasta la sangre. Afirmar que existe un contenido simbólico en los gestos eucarísticos, no es para nada negar ó cuestionar, la

realidad de la **presencia real** eucarística, sino precisar su verdadero sentido: la eucaristía hace presente al Señor *como don*, y lo hace presente de una manera precisa.

No podemos quedarnos en el puro símbolo; pero al afirmar la realidad de su presencia, no hemos de olvidar el modo simbólico de esa presencia, ni el sentido de la misma.

6. La anamnesis: Volviendo a tomar las últimas palabras del relato de la institución "*Haced esto en conmemoración mía*", continua la oración dirigida al Padre haciendo el memorial de los misterios principales de la vida de Cristo: centrándose en la muerte y resurrección de Cristo, o bien explicando detalles de su descenso al lugar de los muertos, su resurrección, su ascensión y su última venida gloriosa.

La comunidad inmediatamente después del relato, canta su "*aclamación memorial*": "Anunciamos tu muerte,por tu cruz y resurrección....cada vez que comemos.....". "ven Señor Jesús".

La aclamación del pueblo va dirigida a Cristo Jesús, mientras que el presidente siempre se dirige al Padre.

El sacerdote reemprende la plegaria expresando también la anamnesis o memorial del misterio pascual de Cristo; siendo toda la comunidad cristiana la que cumple en su celebración el mandato de Cristo, expresado por Lucas y Pablo en sus relatos "celebrar el memorial"; la eucaristía recuerda la pascua histórica de Jesús, a la vez que anticipa la comida escatológica del reino.

7. La ofrenda: La misa no es un nuevo sacrificio, sino el recuerdo actualizado, el memorial del sacrificio definitivo de Cristo. Así el tema del sacrificio va integrado en la explicación del memorial: al celebrar el memorial te ofrecemos. *Memores offerimus*.

El memorial se convierte en ofrenda, son dos momentos entrelazados, en las formulaciones de la anamnesis de las plegarias. El memorial de la muerte sacrificial de Cristo se convierte en ofrecimiento: el sacerdote ofrece a Dios la entrega pascual de Cristo en la cruz, y lo hace con la convicción de que el acontecimiento se hace, de alguna manera, presente en la celebración.

La plegaria eucarística presenta así íntimamente relacionados entre sí el aspecto sacrificial y el memorial: lo que celebramos es la memoria sacrificial de la cruz.

La alabanza al Padre, se ha hecho memoria de la pascua de Cristo, y se concreta más en la ofrenda sacrificial: nuestra alabanza y acción de gracias es el ofrecimiento a Dios de lo mejor que ha sabido dar la humanidad en su historia: el sacrificio pascual de Cristo.

Autoofrenda de la iglesia: en este ofrecimiento, la comunidad se solidariza y se hace contemporánea del sacrificio de Cristo, auto-ofreciéndose por él y con él.

Este auto-ofrecimiento se enlaza con la invocación que se hará al Espíritu sobre la comunidad celebrante. La finalidad de la eucaristía va a ser precisamente esta: que no sólo se transforme el pan y el vino en la realidad de Cristo, sino que toda la comunidad se transforme en su cuerpo, y siendo su único cuerpo y lleno de vida, también es ofrecido al Padre en continuada ofrenda, viva y permanente, y por eso pedimos a Dios que "*se digne aceptar esta ofrenda, de Cristo y nuestra*".

Cristo atrae a su esfera a la iglesia, que se ofrece y es ofrecida por Cristo al Padre. San Agustín lo expresa así: "*Cristo se entregó una vez para que nosotros nos convirtiéramos en su cuerpo. Pero de esta entrega suya quiso que hiciéramos un sacramento cotidiano en el sacrificio de la iglesia, y así por el hecho de ser cuerpo de Cristo cabeza, aprendiera a ofrecerse a sí misma por él, y así se realiza cada vez mejor el sacrificio*".

8. Epiclesis II ó de comunión: Es la más antigua, en el interior de la anáfora. La plegaria estructurada trinitariamente, ha desarrollado en la primera parte la acción de gracias al Padre, en la segunda se ha explicitado la cristología con el relato de la institución y la anamnesis sacrificial, y ahora tiene lugar el desarrollo pneu-matológico en el que se ruega al Padre que envíe al Espíritu Santo para que transforme al pueblo reunido en cuerpo de Cristo, y que en la comunión alcancen los frutos del sacramento.

Esta segunda epiclesis es la invocación de la acción del Espíritu sobre la comunidad que va a participar en la comunión del cuerpo y sangre de Cristo, se pide a Dios, por medio de su Espíritu conceda a la comunidad, que está celebrando el memorial de la pascua de Cristo y que va a participar de su donación sacramental, los frutos de ese sacramento: el amor, la vida y la unidad. El efecto principal es el de la unidad.

Como en Pentecostés el Espíritu llenó de vitalidad a la iglesia naciente, ahora, al celebrar la eucaristía, la comunidad desea transformarse- ella, no sólo los dones del pan y el vino- en el cuerpo de Cristo.

Ahora se mira a la finalidad última del sacramento: la construcción y maduración del cuerpo eclesial de Cristo. Que sea ella misma, la comunidad cuerpo único y unido a Cristo, y que la haga crecer y madurar en su unión con Cristo.

En la liturgia bizantina, dentro de las anáforas orientales es donde se ve con mayor fuerza el protagonismo del Espíritu. Es él quien prepara a los celebrantes, y para ello se le invoca. Se afirma que el Espíritu “concelebra” con nosotros, el intercambio de dones en el ofertorio no termina en que Dios nos dé a Cristo, sino también a su Espíritu. La invocación del Espíritu, la epiclesis, es la decisiva para entender la transformación eucarística del pan y del vino. La mezcla del pan en el cáliz de vino, antes de la comunión, se interpreta como “plenitud del Espíritu”. Y también nos dice que los fieles reciben en la comunión también al Espíritu, y no sólo el cuerpo y la sangre de Cristo.

La epiclesis nos hace confesar, que es el Espíritu el que santifica, el que transforma el que da vida. Es el que en el inicio del cosmos, aleteando sobre las aguas primordiales, las llenó de vida según el Génesis. El Espíritu que actuó en el seno de la Virgen María de Nazaret, el mismo Espíritu que actuó en el sepulcro e hizo que Jesús pasara a una nueva existencia de gloria; El que en Pentecostés llenó de vida a la primera comunidad eclesial: es el que actúa ahora sobre los dones eucarísticos y sobre la comunidad.

Es en nuestra generación se ha devuelto al Espíritu su papel protagonista, no sólo en la eucaristía, sino también en los otros sacramentos y en general a la vida de la iglesia. Cada vez se toma más conciencia de que es él, el Espíritu de Jesús, quién hace viva la palabra de Dios: el mismo que inspiró a los autores sagrados, es el que anima a los oyentes de esa palabra.

9. Intercesiones: La última parte de la plegaria, se puede llamar “intercesiones eclesiales”. La epiclesis se prolonga con unas peticiones por la iglesia, que se extienden a pedir por la salvación de todo el mundo.

Al igual que en las oraciones judías, a la alabanza y acción de gracias le sucede la petición: el mismo Dios que en el pasado selló la alianza con el pueblo, es al que la comunidad dirige su petición para que siga protegiendo y salvando.

No lo podemos considerar que sea un duplicado de la oración universal, ya que allí la oración y la respuesta a las intenciones, la dirigen a Dios toda la comunidad.

Aquí el presidente de la celebración, como prolongación de la alabanza y memorial de la pascua y unido a Cristo sacerdote, pide por la iglesia y su maduración como cuerpo de Cristo, acentuando el tono de “comunidad eclesial” de la asamblea celebrante.

La iglesia se entiende aquí en toda su dimensión: la iglesia peregrina, con su pueblo y los pastores; la de los difuntos a los que tenemos muy presentes y encomendamos a Dios; y la de los santos, sobre todo La Virgen María y los apóstoles, con los que nos sentimos muy unidos.

10. Doxología final: La plegaria concluye con una alabanza trinitaria: la doxología.

Al igual que las bendiciones judías, terminan como habían comenzado, con una alabanza aclamativa.

Esta doxología es el reconocimiento en Cristo como único Sacerdote y mediador. Es muy importante y oportuno que se destaque especialmente este momento litúrgico, aquí tiene lugar la elevación propiamente dicha del Cuerpo y de la Sangre del Señor, por quien sube al Padre toda alabanza que la humanidad le rinde.

En las plegarias romanas esta doxología va dirigida al Padre, por mediación de Cristo, cuyo misterio pascual hemos celebrado, y en la “unidad del Espíritu”; aunque tal vez hay que interpretarla como unidad eclesial, más que trinitaria.

Es una plegaria tanto descendente, como ascendente, con Cristo mediador en ambos sentidos.

Plegaria I lo expresa:

Por él,
sigues creando
todos los bienes
los santificas
los bendices
y los repartes entre nosotros.

Por Cristo, con él y en él
a ti, Dios Padre todopoderoso
en la unidad
del Espíritu Santo
todo honor y toda gloria
Por los siglos de los siglos.

La doble mediación la ejerce Cristo, al hacer presente en medio de la comunidad su entrega en la cruz al Padre, nos bendice plenamente, nos hace llegar la salvación, pero también bendice al Padre en unión con su iglesia.

El sacerdote eleva durante esta alabanza el pan y el vino, porque resume en sí mismo toda la creación, y toda la historia de salvación, tanto en sentido descendente como ascendente.

La doxología corresponde por entero, y sólo al sacerdote, y esta fórmula presidencial pide una respuesta a la asamblea celebrante que contesta con la aclamación “**Amén**”, asintiendo a modo de rúbrica, y hace suya la plegaria.

Gestos del celebrante durante la plegaria eucarística:

Durante la celebración de la plegaria eucarística existe un doble lenguaje, el verbal y el gestual. Para conocer su sentido, los vamos a comentar por el orden que ocupan en el desarrollo del rito.

Manos extendidas y elevadas: Al comenzar el diálogo introductorio el celebrante, extiende las manos primero, como gesto de saludo y dice: *El Señor este con vosotros*; las eleva a continuación mientras formula la invitación: *Levantemos el corazón*; y manteniéndolas elevadas las extiende mientras dice: *Demos gracias al Señor nuestro Dios*. Y continúa la acción de gracias.

Imposición de manos, o manos extendidas sobre la oblata (pan y vino): La imposición de manos, en la liturgia es un gesto que expresa la invocación que se hace de la gracia o bendición divina sobre las personas, cosas u objetos de esa imposición. Es el gesto que acompaña a la epiclesis de consagración, en la que se pide al Padre que envíe al Espíritu Santo (o el poder de su bendición) sobre el pan y el vino, para que se conviertan por su poder en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo.

La señal de la cruz sobre la oblata: Es el gesto que sigue a la imposición de manos. Tiene un sentido sacrificial, aquí se hace presente el sacrificio de la cruz, la entrega amorosa del Señor, su Cuerpo “entregado” y su Sangre “derramada”.

Gestos que acompañan al relato de la cena: Son varios.

- Tomar en las manos el pan y después el cáliz y sostenerlo sobre el altar.
- Inclinar para decir las “Palabras de la consagración”, es una epiclesis de acción.
- Mostrar el Pan y el Cáliz después de la consagración poniéndolas con sencillez y naturalidad ante la vista de la asamblea para su contemplación orante.
- La genuflexión: una vez mostrado el pan consagrado a la asamblea lo coloca sobre la patena, y el celebrante como gesto de adoración hace genuflexión; y la repite después de mostrar el Cáliz.
- La fracción del pan, al decir *lo partió*.
- Tomar en las manos el pan y el vino consagrados mientras se dice: “*este es el misterio de nuestra fe.*”

La elevación en la doxología final: Esta elevación acompaña a las palabras de glorificación trinitaria con las que concluye la plegaria “*Con Cristo con Él y en Él...*” Es una elevación propiamente dicha, la de mayor realce y altura. Este elevar al cielo el pan y el vino consagrado, mientras se dice la doxología, es un acto de exaltación y un sentido ofertorial en el Cristo, por quién hemos recibido todo, devolvemos todo al Padre glorificando su nombre.

Participación de la asamblea:

Dicha por el que preside, la plegaria eucarística es la oración de toda la asamblea y toda ella esta llamada a participar, y el mejor modo es escuchar con reverencia y silencio, con esporádicas intervenciones como el canto del Santus, y la intervención viva y unánime del “Amen” conclusivo.

El diálogo inicial: Es la primera intervención de la asamblea en respuesta al saludo, la invitación a elevar el corazón y la invitación a la acción de gracias del que preside.

El canto ó recitación del Santo: es la aclamación que se pronuncia toda la asamblea con el sacerdote; siendo la gran oración eucarística.

La aclamación memorial: colocada en el corazón de la plegaria, permite al pueblo expresar su alabanza agradecida a Jesucristo, cuya muerte y resurrección actualiza el sacramento, es una aclamación que corresponde exclusivamente al pueblo, y va dirigida a Cristo, en cuyo nombre actúa el celebrante representándole, por eso se limita a hacer la invitación: “Este es el sacramento de la fe” y contestamos “*anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús*”.

El Amén de la doxología: Es la más antigua e importante intervención del pueblo. Decir amén a la plegaria, es tanto como ratificarla, hacerla propia, decir un sí personal y comprometido con lo que se ha dicho y realizado.

Como dice san Agustín *vuestro amén es vuestra firma vuestro consentimiento y vuestro compromiso*. Y san Jerónimo nos dice que *retumbaba como un trueno celestial en las basílicas romanos* cuando se proclama el amén por la asamblea.

Postura corporal: No sólo se interviene con la palabra y el canto, también con la postura se expresa la adhesión a la plegaria. La postura más adecuada en correspondencia con el sentido de esta parte de la celebración es la de pie. Estar de pie es la postura propia del sacerdote que ofrece el sacrificio, y también de los que se unen a él en la ofrenda del sacrificio.

La asamblea se pone de pie para la oración sobre las ofrendas y mantiene esta postura durante toda la plegaria eucarística. Pero durante los últimos siete siglos se ha marcado fuertemente en la mentalidad de los creyentes de la practica de la postura de rodillas para el momento de la consagración, por lo que se ha creído conveniente hacer ésta excepción, por lo que es una norma “abierta”.

III). Rito de Comunión.

A la plegaria eucarística le sigue la comunión. El Espíritu invocado en esa plegaria pone sobre el altar el Cuerpo y la Sangre de Cristo, el alimento de vida y salvación, y es este el momento de acercarse a recibirlo.

En un principio, como atestiguaba san Justino de la plegaria se pasaba sin más a la comunión, ya que el mismo texto de la doxología final – epiclesis de comunión- se refería a ésta y se pide su fruto.

Pero pronto se fueron introduciendo gestos y oraciones específicas , que dieron lugar al rito de comunión; llegando a ser abigarrado, por lo que en la reforma se hizo más ordenada y simplificada.

El rito de comunión se desarrolla en tres partes:

1). Rito de preparación o precomunión:

- *Oración dominical: Padre Nuestro
- *Rito de la paz
- * La fracción del pan

2). Rito de realización: *Oración en silencio

- * Mostración del pan eucarístico
- * Acto de comer el pan y beber el vino
- * Canto procesional

3). Rito de asimilación y reconocimiento ó post comunión:

- * Momento de recogimiento
- * Oración conclusiva

1). Rito de preparación o precomunión:

1.1 La oración dominical ó rezo del **Padre Nuestro** en la liturgia de la Misa está atestiguada por san Cirilo de Jerusalén y por san Ambrosio a finales del siglo IV.

En el contenido de esta oración vemos que en su primera parte está dedicada a la glorificación de Dios, y en su segunda parte comienza pidiendo el pan y el perdón, lo que la hace una oración puente entre la plegaria eucarística, a la que prolonga y resume, y la comunión a la que prepara.

Va precedida de *una monición introductoria*: El Padre Nuestro es una oración que viene del Señor y sólo apoyados en su recomendación nos atrevemos a llamar a Dios Padre. Así la monición específica es: “*Antes de participar en el banquete de la Eucaristía....., oremos juntos como el Señor nos ha enseñado*”. La Eucaristía es un signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, rezar juntos al Padre común nos ayuda a sentirnos hermanos con los que se disponen a recibir el sacramento de unidad, a “comer el mismo pan”.

Rezar el Padre Nuestro es orar con el espíritu de Jesús.

Estructura del Padre Nuestro:

Es sencilla arranca con una invocación que indica con claridad a quien va dirigida la oración “**Padre Nuestro que estas en los cielos**”. Tiene luego dos partes bien definidas que conviene distinguir, pues marcan dos actitudes básicas en el orante:

1. En la primera se hacen tres deseos, que en castellano vienen expresadas en subjuntivo, son fórmulas breves: **“Santificado sea Tu Nombre”**
“Venga a nosotros tu reino”
“Hágase Tu voluntad...”

Que recogen tres grandes deseos centrados en Dios, su Nombre, su reino, su voluntad; el orante le presenta sus tres grandes deseos: que ese nombre de “Padre” sea glorificado, que su “reinado” se baya imprimiendo en el mundo, que se haga cuanto antes realidad su “voluntad” de salvar al ser humano.

2. En la segunda parte, por el contrario encontramos cuatro peticiones, en forma imperativa, que es lo propio de una oración de petición. Son fórmulas más largas que se centran ahora en las necesidades del ser humano y en ella pedimos:

a) **“danos hoy nuestro pan de cada día”**: El pedir el pan es algo más que el pan físico y terreno, aunque es pedir ese pan para el que carece de él, también pedimos el *pan del cielo* ó pan eucarístico. Pedimos el pan de hoy el pan cotidiano, y “el pan del mañana” escatológico, que tiene su anticipo en la eucaristía que nos hace participar ya de los bienes del reino.

b) **“perdona nuestras ofensas”**: Junto a la actitud humilde penitencia está el compromiso de fraternidad y de perdón mutuo **“como nosotros perdonamos”**. Pedir perdón a Dios comprometiéndose también al perdón fraterno, es procurarse la purificación necesaria para acercarse a los santos dones.

c) **“no nos dejes caer en la tentación”**: Conscientes de nuestra debilidad, pedimos al Padre ayuda y fuerza para no caer en el pecado; no le pedimos que nos libre de las tentaciones diarias, sino que no nos deje caer en la tentación radical y definitiva de rechazar el Reino de Dios y abandonar la fe en Jesucristo.

d) **“líbranos del mal”**: La última petición es un grito de socorro dirigido a nuestro Padre, que nos libre del Mal que nos puede alejar del Reino de Dios y de la vida.

Nuestra vida es frágil, está amenazada por la fuerza del mal y expuesta a peligros permanentes. El orante confía al Padre la existencia concreta de los hombres.

Todo el Padre Nuestro es una petición de que venga el Reino, que se realice la voluntad salvadora de Dios, y que llegue la plenitud gloriosa de Cristo, cuyo signo y garantía es la Eucaristía.

Con la aclamación doxológica **“Tuyo es el reino, el poder y la gloria.....”** Se concluye el Padre Nuestro.

Es una oración compartida por toda la asamblea.

1.2 Rito de la Paz: Se trata de uno de los ritos más antiguos, y lo que ha variado desde la antigüedad es el lugar que ocupa en la celebración. La primera fue al finalizar la liturgia de la palabra; y responde a la advertencia del Señor en **Mt 5, 23-24** **“Si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano”**.

Pero colocado en uno u otro lugar de la celebración, se trata de un rito de paz entendido como intercambio fraterno de paz recíproca entre los vecinos de celebración.

El sentido es claro, la comunión eucarística reclama una comunión fraterna; la comunión con el Señor, supone una comunión con el hermano. No podemos comulgar con el Señor sin estar dispuestos a reconciliarnos, solidarizarnos, o compartir con los hermanos. Sólo el que alberga en su corazón sentimientos fraternales puede acercarse a recibir a aquél que con su cruz nos hizo hermanos.

Con la *Pax vobis* los fieles imploramos la paz y unidad para la iglesia y toda la familia humana, expresando mutuamente la caridad, antes de participar del mismo pan.

El celebrante en nombre de toda la asamblea dice en voz alta y en plural: “*Señor Jesucristo. Que dijiste a los apóstoles: Mi paz os dejo.....*” Como vemos va dirigida a Cristo redentor que nos ha dado la paz, Él que es nuestra paz. La iglesia aunque pecadora cree en su Señor: “*no mires nuestros pecados, sino la fe de tu iglesia*” y pide la paz y la unidad.

Y a continuación el celebrante se dirige a la asamblea el anuncio saludo de paz: “*La paz del Señor esté siempre con vosotros*”. El gesto de paz ó saludo fraterno culmina el rito. Lo importante es que el gesto resulte verdadero, exprese unos sentimientos reales de fraternidad.

1.3 Fracción del Pan: Este gesto ha sido devuelto a su sentido original que es lo que hizo Jesús en la Cena Partir el pan para darlo. Con la fracción del pan se realiza la primera de las acciones, a la que la seguirá la otra darlo en comunión. Una está en función de la otra se parte el pan para darlo en comunión.

Esta acción tiene sentido práctico, funcional: partir el pan eucarístico para distribuirlo entre los comulgantes. Pero tiene además un sentido simbólico: significa la unidad eclesial de los que siendo muchos, se alimentan del mismo pan.

Ese pan del que todos se alimentan es Cristo, el pan de vida, que permanece uno aunque los panes eucarísticos sean varios.

El simbolismo de la fracción tiene a su vez un carácter sacrificial, de la entrega de Cristo; en el pan partido podemos ver al Cristo partido “roto”, destrozado en la cruz. Puesto de relieve por el canto del “**Cordero de Dios**”, es el Cristo que se entrega por nosotros, el Siervo de Dios que carga con nuestros pecados, el Cordero pascual inmolado para el perdón y la vida del mundo.

El rito tiene una finalidad práctica de partir el pan consagrado, para que pueda participar de él los que se acerquen a comulgar; y una finalidad simbólica de expresar la unidad eclesial de los que se alimentan de un mismo pan.

El celebrante parte en dos mitades la única hostia grande, y después de echar en el cáliz un pequeño fragmento (de la *inmixción*), lo consume todo él. A los fieles se nos da en comunión hostias pequeñas previamente preparadas.

Inmixción= es un rito antiguo presente en varias liturgias, cuyo significado tiene varias interpretaciones, apunta a un simbolismo de un Cristo que se nos da como Resucitado, la unión del pan y el vino consagrados, manifiesta que Cristo se nos da en su calidad de ser vivificado por el Espíritu, a la vez que subraya la unicidad del sacramento en sus dos signos.

El Cordero de Dios: El canto que acompaña a la fracción, en su parte primera recoge la expresión que el evangelio según san Juan pone en boca del Bautista: “*He ahí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo*” expresión que aparece en el AT, como

Cordero Pascual **Ex 12,5**, el Siervo de Yahvé **Is 53,7**, el Cordero Celestial del Apocalipsis: Cordero humillado y exaltado, inmolado y vencedor y se hace pastor de los suyos y los guía **Ap 7, 17**.

Es la aclamación que nos hace cantar nuestra fe en Cristo como el que se ha entregado por nosotros, que ha triunfado, que está vivo y se nos va a dar como alimento de vida.

El celebrante realiza la acción de partir el pan y la asamblea entera lo acompaña con la invocación “Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo Ten piedad de nosotros y danos la paz”

2). Ritos de realización:

2.1 Oración en silencio: Hecha la fracción el sacerdote, como preparación privada a la comunión reza en secreto una de las oraciones que propone el misal para este momento. Los fieles hacemos lo mismo orando en silencio, se trata de recogerse un momento en silencio, antes de comulgar, para hacerse consciente de lo que se va a recibir y recibirlo con fruto. Tiene pues un carácter penitencial y purificadorio.

2.2 Mostración del Pan Eucarístico: El sacerdote hace genuflexión, toma el pan consagrado y sosteniéndolo un poco elevado sobre la patena, lo muestra a la asamblea diciendo: “*Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor*” hecha esa invitación al banquete de Cristo sólo podemos contestar con el acto de humildad y fe confiada del centurión del ev. “*Señor yo no soy digno de que entre en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme*”.

Proclamamos la bienaventuranza de los llamados a la mesa, aludiendo al texto del **Apocalipsis 19,9** “*Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero*”. En esa cena del Señor, ha de verse la eucaristía, que es signo del banquete del Reino y gloria futura.

La llamada al banquete del Reino ó plenitud futura, es más amplia que la llamada a la mesa eucarística. Si algún miembro de la asamblea piensa que no va con él la invitación a acercarse a la mesa eucarística, no por ello deberá sentirse excluido de la invitación a participar algún día de la mesa del reino.

El pan eucarístico se nos muestra partido, símbolo real del Cuerpo partido ó entregado de Cristo, Cordero de Dios que carga con los pecados del mundo.

2.3 Acto de Comulgar: El sacerdote dice para sí, en secreto: “*El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna*” y comulga el Cuerpo de Cristo; toma después el Cáliz y dice del mismo modo “*La Sangre de Cristo me guarde para la vida eterna*” y bebe la Sangre de Cristo.

A la comunión del celebrante, sigue la de los fieles, iniciándose una marcha hacia el lugar donde vamos a recibir la comunión, vamos a comulgar cada uno, pero caminamos en grupo en un movimiento procesional del pueblo hacia su Señor hacia la mesa del pan de la unidad, sabedores que como bautizados somos miembros del mismo Cuerpo, el Cuerpo eclesial de Cristo, y receptores del mismo pan.

La comunión eucarística realiza la unión de los fieles, la comunión eclesial, que nos une a los hermanos.

Al recibirla el celebrante nos dice: “*El Cuerpo de Cristo*” recordándonos que lo que parece pan es el Cuerpo del Señor y contestamos “*Amén*” sí así lo creo y así lo recibo.

San Agustín nos comenta en un texto ese Amén. “Escuchar al Apóstol, ved lo que les dice a los fieles: Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros **1 Co 12,17**. Si, pues vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, vuestro misterio está sobre la mesa del Señor, y lo que recibís es vuestro misterio. Con el Amén respondéis lo que sois, y respondiendo lo suscribís. Sed pues miembros del Cuerpo de Cristo para que sea verdadero vuestro Amén, y sea también unión con la iglesia. El Cuerpo eucarístico de Cristo alimenta la comunión fraterna y construya un cuerpo eclesial.

Forma de recibir el pan eucarístico: Desde el siglo IX –X se recibía directamente en la boca, pero desde 1969, se ha concedido a todas las conferencias Episcopales, autorización para poderla recibir en la mano, como se hizo durante los nueve ó diez primeros siglos; siendo ambos posibles según la preferencia del que la recibe.

Cuando el gesto es en la mano, se realiza como el que recibe un don, un regalo: se extiende la mano izquierda abierta en forma de cuenco, colocándola sobre la palma de la mano derecha que hace como de trono. Entregado por el ministro el pan eucarístico, el comulgante la coge con la mano derecha, que tiene libre, y lo lleva a la boca, antes de volverse al sitio.

Comulgar también el Cáliz: Los signos elegidos por Jesucristo para celebrar el banquete eucarístico, son el pan y el vino, que se hacen comida y bebida de salvación para todos los que participan en el banquete. No sólo para el que lo preside.

Él dijo “*Tomad y comer todos de él*” y también “*Tomad y beber todos de él*”, puesto que la invitación del Señor está hecha en plural, la respuesta a la misma es completa cuando no sólo el celebrante, sino todos los que participan en el banquete deben hacerlo comulgando de los dos elementos constitutivos del mismo: el pan y el vino, convertidos en Cuerpo y Sangre del Señor, así lo hizo la iglesia en el primer milenio. Pero de forma paulatina se dejó de hacer.

Ya sabemos que, tanto si se comulga con el pan como si se comulga con el vino, se recibe a Cristo Jesús vivo y entero: donde esta una parte de él están las otras (concomitancia). Pero la riqueza del sacramento queda mejor expresada cuando la comunión se realiza con ambos signos. Queda así más claramente evocada la alianza sellada en la Sangre de Cristo, beber el cáliz ratifica esa voluntad. Además de recuperar el sentido pleno de muchas de las expresiones de nuestra liturgia: “*Nos has alimentado con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo*”, “*Oh Dios, que has querido hacernos partícipes de un mismo pan y un mismo cáliz*”.

A partir del Concilio Vaticano II se abrió, no sin resistencias esa posibilidad. En nuestro Episcopado se establecieron unas normas a partir del año 1971, en la que se dice *que es recomendable y se debe promover* siempre que se den un conjunto de circunstancias, y previa una oportuna catequesis. La práctica real es muy escasa.

Pero desde el punto de vista teórico, no hay inconveniente ninguno para la comunión con el cáliz, sino todo lo contrario.

2.4 Canto de Comunión: La comunión tiene un canto como pueblo que camina al encuentro de su Señor, se entona con alegría y refuerza el simbolismo procesional del caminar juntos al encuentro del pan de vida de la eucaristía.

3). Rito de asimilación y reconocimiento ó post comunión:

3.1 Momento de recogimiento Terminada la comunión, el sacerdote y los fieles pueden orar un momento recogidos; o si se prefiere cantar un himno u otra alabanza. Aunque es ciertamente el momento más indicado para guardar “silencio sagrado”, alabando a Dios en el corazón, contemplando el misterio celebrado, gustando el Don recibido, asimilándolo, agradeciéndolo.

3.2 La Oración conclusiva: Este rito concluye con una oración del que preside u oración después de la comunión. No es una acción de gracias por el don recibido sino una súplica de que el misterio celebrado y participado por la comunión produzca frutos en la asamblea.

Generalmente comienza haciendo referencia a esa celebración y pasar a pedir esa “efectividad”, una transformación y un testimonio más allá de la celebración, como una prolongación de ésta en la vida cotidiana, en la vida común.

En estas oraciones de los domingos del tiempo ordinario vemos que se pide:

- Servir al Señor llevando una vida según su voluntad
- Crecer en la fe verdadera
- Dar frutos que siempre permanezcan
- Servirle en los hermanos
- Crecer en la caridad
- Mantener siempre vivo en amor a la verdad
- Transformarse en lo que se ha recibido
- Mantener la unión con el Señor
- Permanecer siempre cantando su alabanza

Muchas veces se pide la vida y la salvación eterna, la plenitud futura del Reino, la posesión plena de lo que el sacramento significa, lo que el sacramento contiene como primicias y da en esperanzas.

V. RITOS DE DESPEDIDA

La Eucaristía nos reúne, no para quedarnos reunidos, sino para salir fortalecidos y animados para afrontar así los caminos y tareas de la vida, en donde hemos de mostrar lo que hemos celebrado.

La Misa termina como rito, pero continúa como tarea existencial, con el compromiso surgido de él. Toda celebración Eucarística esta necesitando continuidad en la vida para ser congruentes con lo celebrado; la celebración ha terminado ¡Vallamos a vivirla!.

El rito consta de:

- Saludo del celebrante
- La bendición u oración sobre el pueblo
- La despedida

* **Saludo:** El sacerdote extendiendo las manos saluda al pueblo diciendo: “*El Señor este con vosotros*”, a lo que respondemos “*Y con tu espíritu*”

Es un saludo más breve que el de entrada, y aquí se desea, como mejor fruto de la Eucaristía, la permanencia en el Señor, a aquellos que participando en la celebración se han encontrado con Él.

* **Bendición:** Y en seguida el sacerdote añade “*La bendición de Dios todopoderoso – haciendo aquí la señal de la bendición- Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre vosotros*”; todos respondemos “*Amén*”.

La celebración empieza invocando a las tres personas divinas, y se termina con el deseo de que estas tres personas divinas bendigan a los que han participado en ella.

En ocasiones hay una bendición solemne, en ciertos días festivos. Normalmente consta de tres partes, a cada una de ellas la asamblea responde “Amén”.

En la oración sobre el pueblo, la bendición tiene forma de oración, es pronunciada por el sacerdote con las manos extendidas sobre el pueblo y este la recibe con la cabeza inclinada, siendo propia de Cuaresma.

* **Despedida:** Las palabras rituales para dar por concluida la celebración es “*Podéis ir en paz*”, traducción libre de la expresión latina “*Ite missa est*”. Esa expresión tradicional tiene un sentido cuasi jurídico-organizativo de dar por concluido un acto; algo así como se dice “se levanta la sesión”.

En la versión castellana se ha suavizado, y el verbo ir es el envío misionero que dirige Jesús a sus apóstoles. Y la palabra paz evoca la realidad que es el don del Señor. Ir en paz es ir con el Señor.

Nuestra respuesta es “*Demos gracias a Dios*”, expresando nuestros sentimientos de gozo, confianza y agradecimiento a Dios por su amor eterno que en cada eucaristía nos sale al encuentro, nos habla, renueva la alianza con nosotros, en la sangre de su Hijo y nos da nuestro alimento.

Al despedirse de la asamblea, el sacerdote venera el altar con un beso, y hecha la debida reverencia se retira.

Bibliografía:

* **CONOCER Y CELEBRAR LA EUCARISTÍA.**

Miguel EXPÓSITO LASTRA

Centro de Pastoral Litúrgica Barcelona. Dossiers CPL 91, 2001.

* **LA EUCARISTÍA.**

José ALDAZÁBAL LARAÑAGA

Biblioteca Litúrgica 12, Centro de Pastoral Litúrgica. Barcelona

* **LA EUCARISTÍA MISTERIO DE COMUNIÓN.**

Manuel GESTEIRA GARZA.

Ediciones Sígueme Salamanca 1992.

* **9 IDEAS PARA VIVIR LA MISA**

Vicente HUERTA

Gopango Books

